

02324
COLECCION UNIVERSAL

N.º 774

C. NODIER

Trilby

o

El duendecillo de Argail

NARRACIÓN ESCOCESA

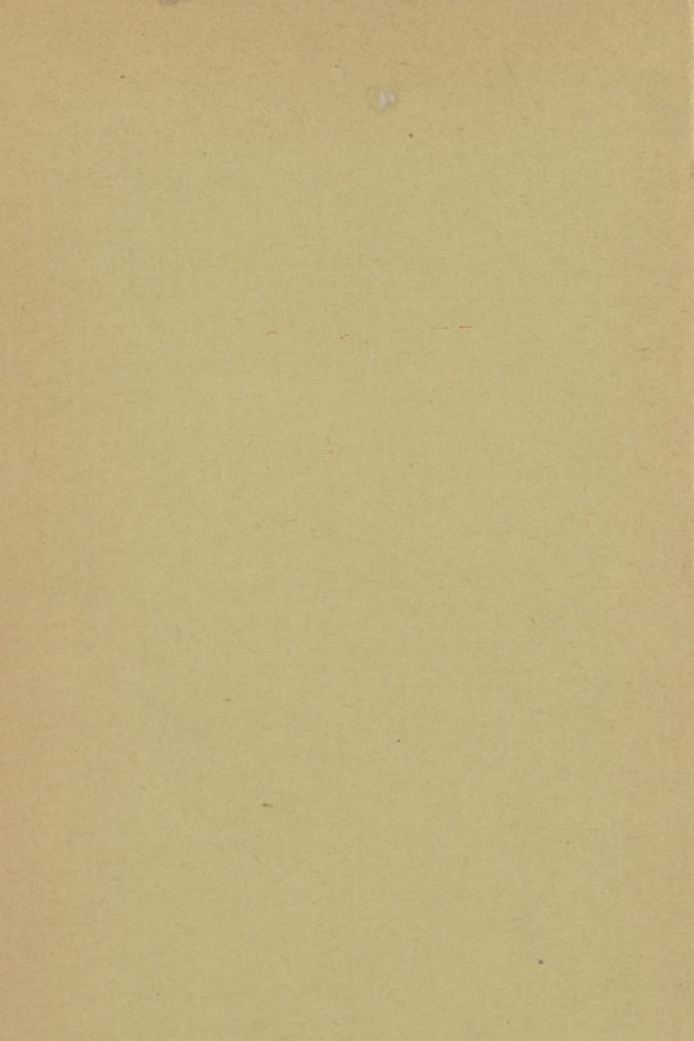


Precio: 50 céntimos

MADRID, 1923

Editorial Argonauta de España

154



C. Nodier

—

TRILBY O EL DUENDECILLO DE ARGAIL

NARRACIÓN ESCOCESA

MCMXXIII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1923.

C. NODIER

Trilby

ó

El duendecillo de Argail

NARRACIÓN ESCOCESA

La traducción del francés ha
sido hecha por J. J. Morato



MADRID, 1923

Carlos Nodier—nacido en Besançon el 29 de abril de 1780 y muerto en París el 27 de enero de 1844—fué hijo de un orador y antiguo profesor de oratoria. Educado por su mismo padre en las más estrictas tradiciones oratorias—y de aquí, sin duda, la brillante ampulosidad de su estilo—, muestra muy tempranamente su afición por la literatura. En Estrasburgo, y con gran aprovechamiento, sigue las lecciones del famoso helenista y acendrado patriota Eulogio Schneider. Elegido miembro de la Sociedad de Amigos de la Constitución cuando apenas tenía doce años, pronuncia un discurso de entrada que es muy aplaudido. Forma parte de la Comisión que se envía para felicitar a Pichegru por su victoria sobre los austriacos. Empavorecido el padre—presidente por entonces de la Sala de lo criminal—por los excesos revolucionarios de Nodier, lo confía a la cuidadosa férula de M. Girod de Chantraus, antiguo amigo, que con Nodier se retira al caserío de Novilars. En tan apacible paraje, el más a propósito para el estudio, amplía su instrucción y aprende alemán e inglés. Pasado el Terror, vuelve al pueblo nativo e ingresa en la Escuela Central, de la que sale a los diez y siete años, y se le nombra bibliotecario adjunto de Besançon. En 1799, dando al olvido sus primeras actuaciones políticas, se entretiene en parodiar, con unos cuantos amigos, las sesiones de un Club

revolucionario, lo que motiva su persecución y comparecencia ante el Jurado, que le absuelve. Descosa su familia de que se dedique al foro, comienza los estudios jurídicos, que no tarda en abandonar. En 1800 llega a París; publica Memorias científicas y novelas, colabora en *El Ciudadano Francés* y escribe, bajo seudónimo, una oda satírica—*La Napoleona*—y una novelita—*Los proscriptos*—, que le valen unos meses de encierro en *Sainte Pélagie*, primeramente, y su expulsión de la capital, después. De vuelta en *Besançon*, continúa su campaña contra el Consulado; se adhiere al famoso complot que *Méhée* descubre y denuncia, y que tiene por finalidad una alianza entre realistas y jacobinos; esto le proporciona una nueva persecución de la policía; huyendo de ella, y tras un largo y azaroso errar por los campos, escondiéndose de noche en cualquier humilde cabaña o en algún alejado presbiterio, consigue internarse en las montañas del Jura.

«Al principio—escribe *Paul Fabre*—se daba a conocer, exagerando los peligros que le amenazaban y aquellos otros que hacía correr, contra su voluntad, a sus huéspedes. En aquel punto se trababa un generoso combate, del que nunca salía vencido. Cenaba alegremente, dormía en la paja, desapareciendo, al alborear, entre los votos y las bendiciones del buen cura.

» Ordinariamente, y aparte de los curas, dirigíase también a los médicos rurales, llevado de su afición a estas escenas novelescas, repetidas de continuo, pues se había llegado a tener por el más perseguido

de los proscriptos. Hábil para discurrir sobre medicina y sobre cuanto a ella se refiere, maravillaba a sus acogedores con lo extenso y vario de su saber. Al despedirse, dejábales plantas extrañas e insectos curiosos, incitándolos ahincadamente a formar colecciones. Profesor errante de Historia natural, se hizo, en el Jura, de un gran núcleo de alumnos, que recuerdan aún sus enseñanzas, atractivas de por sí, por el maravilloso encanto de su conversación y por el interés que su misteriosa existencia excitaba.»

Al finalizar esta vida nómada, la protección de Jean de Bry, prefecto de Doubs, le proporciona una cátedra de Literatura en Dole. Casa aquí, a poco, con la señorita Desirée Charves, y este casamiento enfrena sus inquietudes y le endulza el resto de su vida. La escasa retribución de la cátedra le lleva a ser secretario de sir Herbert Croft, un inglés lleno de dinero, de chifladuras y de filología, al que abandona en 1809. En 1812 le nombran bibliotecario de Layback, y más tarde director del Télégraphe Illyrien. La separación de las provincias ilirianas, ocurrida en 1813, del imperio, le lleva nuevamente a París, donde colabora en el Journal de l'Empire. A la caída de Napoleón, que acaece poco tiempo después, se arroja con ardoroso denuedo a las polémicas que la nueva situación política suscita. En 1820 abandona la redacción de los Débats y pasa a la de la Quotidienne. Al año siguiente, y en compañía del barón Taylor, viaja por Escocia. Había publicado ya muchas obras, y su renombre literario se consolidaba

por momentos. Y llega el año 1824, época miliar y decisiva en la vida de Nodier. En dicho año le nombran bibliotecario del Arsenal, y este nombramiento lo trastrueca y revoluciona, colocando un hito, acaso el más importante, en su historia literaria. El bullicioso y brillante joven de antaño, siempre dispuesto a lanzar las estridencias de su verbo fogoso y multicolor, se para en seco, otea y cambia de rumbo. El agitado y entenebrecido espíritu se amansa y transparenta. Estas horas de ahora, más diáfanas, como más encanecidas y maduras que son; estas horas, llenas del jugo artificioso de los libros y del más verdadero y jugoso jugo de la vida, las estruja entre sus manos serenamente, haciéndoles destilar, palabra a palabra, las más apreciadas y mejor recibidas páginas de sus obras.

A esta época pertenece su Hada de las Migajas (1), esa fantasía moral, llena de ingenuas enseñanzas, que ahora y por primera vez, que sepamos, se publica en nuestra lengua, y en la que se ven, entre otras cosas, páginas de fino humorismo y suave ironía, como aquellas en que se burla donosamente—acaso para vengarse de las sufridas persecuciones—de la justicia que hacen los Tribunales de justicia.

En el Arsenal inaugura una serie de reuniones que se hicieron célebres y que gozan de una gran importancia en la historia de la Literatura francesa. Allí, en efecto, se crea el primer cenáculo del romanticismo. Con Victor Hugo, Lamartine, Sainte

(1) Publicada en esta «Colección Universal» con los números 131-133.

Beuve, Vigny, los dos Deschamps, Musset, etc., Nodier, gran admirador de Goethe y de Shakespeare, enamorado de lo fantástico, idólatra del wertherismo, ejerce una influencia marcadísima sobre la nueva escuela. Posteriormente, el Arsenal agrupa todos los domingos, en torno de las más encantadoras jóvenes, entre las que descuella la propia hija de Nodier, que se hace acreedora al famoso soneto de Arvers, a todos los escritores jóvenes de más talento y a los más encopetados personajes de la época. Por allí desfilan el barón Taylor, Jal, Amaury-Duval, Hetzel, Reber, Marmier, Guigoux, Jasmin, Arvers, Alejandro Dumas, padre e hijo, etc.

Caracterizar su obra es muy difícil. Hombre de alas y no de raíces, su curiosidad, llena de ruedas, le conduce a todos los géneros y a todas las disciplinas; pero sobre todo cae como sobre un trampolín: para salir despedido.

Cuentista, poeta, novelista, fisiólogo, médico, filólogo, historiador, entomólogo, etc., lo es todo y en todo deja el rastro de su imaginación y las resonancias de su estilo oratorio y matizado.

Como fisiólogo, predice al hombre del porvenir, el ser comprensivo que se parecerá «al hombre como el hombre se parece a los animales, a los que se parece mucho, pero con un desarrollo de órganos cuyo alcance y extensión no es posible adivinar; tendrá todos los sentidos que se observan en la actual abundancia de seres creados, y muchos otros que ni siquiera se presienten y que se le reservan a él».

Como médico, formula la ley de herencia de la tu-

berculosis y estudia el sueño, la locura y el cólera. Además, hace una campaña en pro de una más razonable ortografía para los nombres médicos.

A la filología se acerca con el oído; escucha al lenguaje, cree sorprender su secreto y crea su famoso sistema, según el cual el lenguaje es una imitación de los ruidos de la Naturaleza.

Pero Nodier, ante todo, es un conversador admirable; por sus charlas en la intimidad, más que con sus escritos, sin duda, ejerce una gran influencia en la evolución de la literatura en los comienzos del siglo XIX.

Escribe hasta el último momento. Su vida, de bulliciosa juventud, se extingue serenamente en la vejez. La Academia le abre sus puertas el 24 de octubre de 1833. Su muerte es llorada por todos. Besançon le eleva una estatua. Carlos Nodier, por ahora, queda inmortalizado.

P R E F A C I O

No recuerdo cuál nota o prólogo de una novela de Gualterio Scott me dió tema para este relato. La tradición que le inspira, como todas las populares, se extendió por el mundo y se la encuentra por doquiera. Es el mítico *Diablo enamorado*. El placer de hablar de un país al que amo y de expresar sensaciones que no olvido; el encanto de una superstición que acaso no es mas que linda fantasía de la imaginación contemporánea; no sé qué mezcla de melancolía dulce y de alegría ingenua que aparecen en la leyenda original, y que no supe traer a esta imitación, me sedujeron hasta el punto de impedirme reflexionar acerca de cuán vulgar en el fondo es esta composición y de que, ante todo, lo natural es buscar el atractivo de la novedad. Escribo, no obstante, con plena conciencia, puesto que no leí ninguna de las historias que mi duendecillo pudo inspirar, y desde luego espero que mi relato—que difiere necesariamente de los cuentos de igual género por detalles de costumbres y por el «lugar de la acción»—tendrá también algo del interés que suscitan las cosas nuevas.

Sea lo que fuere, yo lo entrego a lectores acostum-

brados a los escritos frívolos, con esta declaración, que mi conciencia antepone a los deseos de un éxito feliz. Por lo demás, mis obras no están destinadas a ser objeto de controversias literarias.

Cuando di por morada a mi duende las losas de un hogar y le hice hablar con una muchacha que se dormía, conocía bien una composición poética de monsieur de Latouche, donde la encantadora tradición está contada en versos también encantadores; y como en mi sentir este poeta es el Hesíodo de los espíritus y de las hadas, me atuve a sus invenciones con el respeto que todo hombre que escribe debe a los clásicos de su escuela. Y sería para mí una satisfacción que algunos dedujesen de estas ligeras explicaciones que soy amigo de monsieur de Latouche, porque yo también pretendo alcanzar una partícula de gloria y de inmortalidad.

Aquí debía concluir esta advertencia, y aun parecería excesiva si se considerase sólo la importancia del asunto; pero siento necesidad de contestar a algunas objeciones que de antemano se lanzaron contra la forma de mi endeble narración, cuando yo me entretenía en escribirla, objeciones que de mala gana arrostraría yo abiertamente. Cuando tantas probabilidades hay contra un triunfo modesto, es prudente, cuando menos, no dejar que la crítica tenga ventajas injustas o derechos excesivamente rigurosos. Así, acaso con razón la crítica condene por monótona la elección de un lugar que múltiples y excelentes novelas de Gualterio Scott vulgarizaron hasta la trivialidad; de buen grado

confieso que no constituye ninguna novedad ni supone esfuerzo grande de imaginación colocar en Escocia la acción de un poema o de una novela. Sin embargo, aunque Gualterio Scott haya producido, creo, diez o doce volúmenes desde que yo escribí las líneas primeras de éste—recreo abandonado por mí frecuentemente para atender a otros trabajos más serios—, hoy no escogería otros parajes ni otros accesorios si hubiese de comenzar. No fué la manía de moda lo que me compelió, cual a otros muchos, a escoger esta cosmografía un tanto bárbara, con su inarmónica nomenclatura, espanto del oído y tormento de la pronunciación de nuestras damas. Fué el cariño personal que un viajero siente por la comarca que devolvió a su corazón—en una feliz sucesión de impresiones vivas y nuevas—algunas de las ilusiones de la edad juvenil; fué la necesidad, natural en los hombres todos, de *volver a la cuna*—como dice Schiller—, *a los sueños de su primavera*.

Hay una época de la vida en que el pensamiento busca con amor ciego los recuerdos y las imágenes de la cuna; aún no llegué a esta época. Hay otra época de la vida en que el alma, ya cansada, se rejuvenece todavía con las gratas conquistas sobre el tiempo y el espacio. Esta es la que quise fijar consignando sensaciones próximas a borrarse. ¿Qué significaría, si no, con nuestras costumbres y nuestra esplendorosa ilustración, la historia crédula de los ensueños de un pueblo infantil, desarrollada en nuestro país y en nuestro siglo? Somos lo bastante perfectos para que podamos gozar con estas men-

tiras deliciosas, y hasta nuestras chozas tienen las luces necesarias para que hoy sea imposible situar en ellas con cierta verosimilitud las tradiciones de una superstición interesante. Hay que correr Europa de punta a punta, aventurarse en los mares del Norte y en los hielos del Polo y descubrir en algunas cabañas semisalvajes una tribu alejada del resto de los hombres, para enternecerse con errores emocionantes, únicos restos de edades de ignorancia y también de sensibilidad.

Otra objeción de la que debo hablar, que es menos natural, pero que viene de más alto y que ofrece consuelos tan inefables a la mediocridad didáctica y a la impotencia ambiciosa que se la ha de acoger apresuradamente, es la que de nuevo se desarrolló en unas disquisiciones harto sutiles *acerca de las usurpaciones recíprocas de la poesía y de la pintura*, disquisiciones para las que sirvió de pretexto el género llamado *romántico*. Nadie tan dispuesto como yo a confesar que el género *romántico* es un pésimo género, principalmente en tanto no se deslinde y pertenezca a él todo lo que es esencialmente detestable, y ello como cosa ineludible. Pero se extrema algo la proscripción cuando se la lleva al género descriptivo, y me da miedo pensar que si se priva de estos últimos elementos, tomados de la naturaleza física, invariable, a naciones avanzadas donde no existen los recursos más preciosos de la inspiración moral, habrá que renunciar pronto al arte y a la poesía. Es cierto, en general, que la poesía descriptiva es la última que brilla en los pueblos;

pero esto ocurre en los pueblos envejecidos, donde nada hay que describir, porque la naturaleza no envejece jamás. De aquí resulta que en el final de todas las sociedades triunfan inevitablemente los talentos de imitación sobre las artes de la imaginación, sobre la invención y sobre el genio. La demostración rigurosa de este enunciado cae, por lo demás, fuera de este lugar.

Convengo sin replicar en que este problema no se refiere a mí, porque mis ensayos no pertenecen a un género determinado. ¿Ni qué me importa lo que se pensará de mí? Otro Chateaubriand, otro Bernardino de Saint-Pierre de lo por venir son los que habrán de resolver si el estilo descriptivo es una usurpación ambiciosa del arte de pintar el pensamiento, como ciertos cuadros de David, Gérard y Girodot lo son del arte de escribir, y si la inspiración, encerrada en linderos que no deberá franquear, no tendrá jamás derecho a vagar bajo el *frigus opacum* o por las *gelidæ fontium perennitates* de los poetas paisajistas, que supieron hallar expresiones felicísimas... sin licencia de la Academia.

N. B.—La adecuada ortografía de los parajes escoceses, que debe ser inviolable en un trabajo científico, me pareció cosa de poca monta en una obra de imaginación que no está destinada a constituir autoridad ni en cosmografía ni aun en literatura: así que me permití alterarla en los nombres propios para evitar equívocos ridículos de pronunciación o consonancias ingratas. Por esto escribo

Argail y no *Argyle*, y *Balva* por *Balvaig*, licencias autorizadas, la primera por Ariosto y sus traductores, y la segunda por Macpherson y los que le copiaron. Aun cuando podrían pasar sin el apoyo de tales autoridades para un público tan avaro de su tiempo que no lee prefacios.

TRILBY

De cierto, queridos amigos, que todos tenéis noticia de los *drows* de Tule y de los *elfos* o duendes familiares de Escocia, por donde sabéis que pocas moradas campesinas de estas regiones no cuentan un duendecillo entre sus habitantes. Desde luego este diablejo es más malicioso que malo y más travieso que malicioso; burlón y revoltoso en ocasiones, y frecuentemente servicial y dulce, con todas las buenas cualidades y todos los defectos de un niño malcriado. Raras veces se le encuentra en la mansión de los grandes y en las granjas, donde la opulencia está servida por muchos criados: un sino más humilde le hace habitante misterioso de la cabaña del pastor o del leñador. En ésta, e infinitamente más dichoso que los rutilantes parásitos de la fortuna, se complace en contrariar a las viejas, que maldicen de él durante las veladas, o en turbar con ensueños incomprensibles las noches de las muchachas. Le agradan particularmente los establos, donde durante la noche ordeña a las vacas y a las cabras, para gozar, sin duda, con la sorpresa de las mujeres, que al entrar por la mañana encuentran a terneros y chivos en el sitio debido, pero

ahitos de la leche apetecible y espumosa; o bien trepa sobre los caballos, que relinchan de gozo, y enreda sus largas crines, da brillo a sus grupas y lava con agua cristalina sus patas finas y nerviosas.

En invierno deja todos los rincones de la casa por las paredes cubiertas de hollín, habitando alguna grieta del muro, vecina a la del grillo que alegra el hogar con su canticio.

¡Cuántas veces no se vió a Trilby, el alegre duendecillo de la choza de Dougal—cubierto de una vestidura de color de fuego y de una capa amplísima de color de humo—, saltando de una rendija a otra de las losas calcinadas del lar, como si quisiera agarrar a su paso las chispas despedidas por los tizones, que subían en magnífico ramillete a lo alto de la chimenea!

Era Trilby el más pequeño y el más gentil de los duendes, y así cruzaseis toda Escocia, desde la desembocadura del Solway al estrecho de Portland, no habríais hallado otro tan lindo y agudo.

Contaban de él hazañas ingeniosas y amables. Las altas señoras de los castillos de Argail y Lennox morían de pena porque no iba a sus palacios aquel diablejo que llenaba de encanto los sueños, y el poderoso *laird* de Lutha, para complacer a su noble esposa con el regalo de este duendecillo, hubiese dado sin vacilar hasta el glorioso y enmohecido mandoble de Arquibaldo, el ornamento más honorífico de su sala gótica de armas. Pero a Trilby le importaban un bledo el mandoble de

Arquibaldo y el palacio de las nobilísimas señoras. Ni aunque le hubieran prometido el imperio del mundo hubiera abandonado la choza de Dougal, porque estaba enamorado de la morena Jeannie, la linda batelera del lago Beau, y de vez en cuando se aprovechaba de las ausencias del pescador para decir a Jeannie los sentimientos que le inspiraba. Cuando, vuelta del lago, la muchacha había visto desde lejos entrar en su seno profundo, ocultarse tras un cabo y perderse en la bruma la luz del barquichuelo en donde iba su marido buscando pesca abundante; cuando contemplaba el dintel de su morada; cuando entraba en ella suspirando; cuando atizaba las brasas, ya cubiertas de blanquísima ceniza; cuando hilaba moviendo el huso al compás del cántico a San Dustan o de la balada del *Aparecido*, de Arberfoil, y cuando sus párpados, agobiados por el sueño, comenzaban a velar sus ojos cansados, Trilby, animado por la somnolencia de la bien amada, salía ligero de su escondrijo, saltaba alegre como un chicuelo sobre las llamas, rodeado de rutilante nube de chispas, se acercaba —entonces tímido— a la hilandera adormecida y avanzaba estimulado por el tenue aliento de la muchacha, o retrocedía, o tornaba, subiéndose a sus rodillas y rozándolas no más que las rozaría con el batir de sus alas impalpables una mariposa nocturna, o acariciaba sus mejillas, o se enredaba en los bucles de sus rizados cabellos, o se columpiaba, ingrávito, en los arillos de oro de sus orejas, o descansaba sobre su seno, murmurando con voz toda-

vía más dulce que el mudo suspiro de la brisa cuando muere sobre una hoja temblorosa:

—Jeannie, linda Jeannie, escucha un momento a este triste que te ama, que llora de amor porque tú no correspondes a su ternura. Apiádate de Trilby, del pobre Trilby. Soy el duendecillo de la cabaña. Soy yo, Jeannie, linda Jeannie, quien cuida del cordero al que tanto quieres, el que hace su lana tan fina y suave como la seda o como hebras de plata. Soy yo quien se mete bajo el remo de tu barca para ahorrar fatiga a tus brazos y quien empuja las ondas. Soy yo quien sostiene tu barca cuando la inclina el soplo del viento y quien la hace deslizar contra la marea, cual si navegara sobre una pendiente. Los peces azules del lago Long y del lago Beau, los que en las aguas bajas de las radas brillan al sol como zafiros, soy yo quien los traigo de los remotos mares del Japón para regocijo de la primera niña que te nazca, la misma que se querrá separar a medias de tus brazos para seguir los movimientos ágiles y los lindos reflejos de las brillantes escamas. Las flores que, sorprendidas, encuentras de mañana en tu camino por la estación más triste del año soy yo quien las robé para ti en campiñas encantadoras, cuya existencia ni aun presumes, donde yo viviría si quisiera, en rientes moradas, con lechos de musgo aterciopelado a los que jamás llega la nieve, o en el cáliz embalsamado de rosas que no se marchitan sino para que nazcan nuevas rosas todavía más bellas. Cuando tú aspiras gozosa el aroma de una rama de to-

millo arrancado de entre las peñas y sientes en tus labios sorprendidos como el súbito vuelo de una abeja, es un beso que te robo al pasar. Tus sueños más placenteros, aquellos en que ves un niño que te acaricia amoroso, soy yo quien te los envía, y soy yo el niño cuyos labios ardientes se posan sobre los tuyos en los dulces prestigios de la noche. ¡Oh, haz verdadera la dicha de estos sueños! ¡Jeannie, linda Jeannie, encanto delicioso de mis pensamientos, objeto de mis afanes y esperanzas, de mis temores y transportes, compadécete del pobre Trilby, quiere un poquito al duendecillo de la choza!

Gustaba Jeannie de los juegos del diablejo, de sus mimos acariciadores y de los ensueños inocentemente voluptuosos que la enviaba. Durante mucho tiempo se complació en estas ilusiones, sin decir nada a Dougal, y el rostro dulcísimo y la voz quejumbrosa del «espíritu» del hogar se le representaban en aquel indeciso espacio de tiempo que media entre el descanso y el sueño, cuando vuelven a agitar nuestro corazón hasta las impresiones que hemos eludido durante el día. Parecíale ver a Trilby deslizándose entre los pliegues de las cortinas y oírle gemir y llorar bajo la almohada. Y hasta hubo veces que sintió el apretón de una mano temblorosa y el ardor de una boca abrasadora.

Quejóse al cabo a Dougal de la terquedad de aquel duendecillo enamorado de ella, y el que ciertamente no le era desconocido al pescador, porque, rival astuto, cien veces sujetó los anzuelos o enredó las mallas de las redes en las hierbas insidio-

sas del lago. Dougal le había visto delante de su barco bajo la forma de un pez enorme, engañándole con cierto descuido socarrón durante la pesca de noche, para después sumergirse en lo hondo hasta desaparecer, o trocarse en mariposa nocturna, o en mosca, o perderse cerca de las orillas por las praderas de algas. Así Trilby engañaba a Dougal, haciendo más prolongadas las ausencias de éste.

¡Imagínese cuáles serían la cólera, el terror y las inquietudes de Dougal mientras su mujer, sentada en un rincón del lar, le declaraba las artimañas del revoltoso duendecillo! Llamas blancas bailaban sobre los tizones sin tocarlos; los carbones lanzaban chispas a millares, que sonaban con débil crepitar, y el duende hacía que en torno suyo volase arremolinada la ardiente ceniza.

—Bien—dijo el pescador—; esta tarde me llegaré a ver al viejo Ronald, el fraile centenario de Balva, que sabe leer de corrido en los libros de la Iglesia y que no perdona a los diablejos de Argail los daños que causaron el año pasado en su presbiterio. Sólo él podrá librarnos de este sortilegio, arrojando a Trilby a los abismos rocosos de Inisfail, que es de donde vienen a nosotros los espíritus malos.

Aún no había pasado un día cuando se presentó el eremita en la choza de Dougal. Mientras lució el sol estuvo orando, meditando, besando reliquias de santos y leyendo el *Ritual* y el *Breviario*. Después, cuando llegó la noche y con ella la hora en que los diablejos esparcidos aquí y allá vuelven a

sus recónditos agujeros, se arrodilló ante el lar lleno de brasas, arrojando en él algunas ramas de acebo bendito, que ardieron con grandes chasquidos, escuchó atentamente el canticio melancólico del grillo, y oyó los suspiros de Trilby. Entraba Jeannie en aquel momento.

Levantóse entonces el fraile, diciendo tres veces el nombre de Trilby con voz que infundía miedo:

—¡Yo te conjuro—exclamó—, por el poder que recibí con los Santos Sacramentos, a que salgas de la cabaña de Dougal el pescador así que cante tres veces la letanía de la Santísima Virgen! Como contra ti no hay quejas graves y en Argail nadie te cree un espíritu malvado; como sé por los libros sagrados de Salomón, y sólo los entendemos los frailes del monasterio de Balva, que tú perteneces a una raza misteriosa cuyos destinos aún no están irremisiblemente fijados—así que tu salvación o tu condenación eternas son oculto designio del Señor—, me abstengo de imponerte penas tremendas. ¡Pero acuérdate, Trilby, de que te conjuro, por el poder que recibí con los Santos Sacramentos, a que salgas de la cabaña de Dougal el pescador así que cante tres veces la letanía de la Santísima Virgen!

Y el fraile cantó la letanía, respondiéndole a coro Dougal y también Jeannie, que comenzaba a sufrir una emoción tan penosa que hacía palpar su corazón. Le pesaba ya haber revelado a su marido los tímidos amores del duendecillo, y la expulsión del hogar de aquel huésped tan familiar la

llevaba a pensar que experimentaba hacia él un afecto mayor del que sospechara.

El fraile pronunció de nuevo por tres veces el nombre de Trilby.

—Yo te conjuro, por el poder que recibí con los Santos Sacramentos, a que salgas de la cabaña de Dougal el pescador, y para que no puedas eludir el alcance de mis palabras, ya que conozco desde hace mucho tiempo vuestras malicias, te hago saber que esta sentencia mía es irrevocable y para siempre...

—¡Ay!—exclamó Jeannie con voz casi imperceptible.

—Salvo—continuó el fraile—que Jeannie te permita volver...

Esta redobló su atención.

—Y que el mismo Dougal te traiga.

—¡Ay!—repitió Jeannie.

—Y acuérdate, Trilby, de que te conjuro, por el poder que recibí con los Santos Sacramentos, a que salgas de la cabaña de Dougal el pescador así que haya cantado dos veces la letanía de la Santísima Virgen.

El fraile cantó por vez segunda la letanía, respondiéndole a coro Dougal y Jeannie, ésta pronunciando con voz apagada los *ora pro nobis*, casi envuelto el rostro en su negra cabellera, porque su pecho desbordaba en sollozos que quería contener y en sus ojos había lágrimas que quería ocultar. «Trilby—pensaba—no pertenece a una raza maldita; el fraile lo ha dicho; me quería con la misma

inocencia con que me quiere el cordero; no podía vivir sin mí. ¿Qué será de él sobre la tierra cuando se vea sin la dicha de sus veladas? ¿Era un pecado tan grande, pobre Trilby, que jugases por la noche con el huso que mis manos dejaran caer al dormirme, ni que trepases, cubriéndolo de besos, por el hilo que yo enrollara?»

Mas el fraile repetía de nuevo por tres veces el nombre de Trilby, añadiendo el exorcismo.

—Yo te conjuro, por el poder que recibí con los Santos Sacramentos, a que salgas de la cabaña de Dougal el pescador, y te prohibo para siempre jamás volver a ella, si no es con las condiciones que te dije, y esto cuando cante una vez la letanía de la Santísima Virgen...

Jeannie se llevó una mano a los ojos.

—¡Y si así no lo hicieres, castigaré tu rebeldía de un modo que dará terror a los de tu raza! Te sujetaré por mil años, espíritu desobediente y maligno, al tronco del abedul más añoso y grueso del camposanto...

—¡Desgraciado Trilby!—murmuró Jeannie.

—Juro por Dios Todopoderoso—prosiguió el fraile—que así será.

Y cantó por vez tercera la letanía, respondiéndole sólo Dougal. Jeannie no respondió ni una sola vez. Se había dejado caer sobre la piedra saliente que bordea el lar, y Dougal y el fraile atribuyeron el hecho a la turbación natural que le produjera la imponente ceremonia. Tan pronto como se extinguió el último *ora pro nobis* palidecieron las llamas

de los tizones y una luz azulada corrió sobre las brasas extintas, desvaneciéndose. Oyóse un grito larguísimo en lo alto de la rústica chimenea: ¡el duendecillo ya no estaba allí!

—¿Dónde está Trilby?—preguntó Jeannie, volviendo en sí.

—¡Fuera de aquí!—contestó orgulloso el fraile.

—¡Fuera de aquí!—repitió ella con acento que el fraile tomó como de admiración y de gozo.

Los libros sagrados de Salomón no le habían enseñado ni una palabra de ciertos arcanos del corazón.

Acaso estaba aún el duende en el tejado de la choza de Dougal y ya Jeannie sentía amargamente que el alejamiento del pobre Trilby agrandaba su soledad. Nadie escucharía lo que ella cantase para hacer menos largas las veladas; sólo las insensibles paredes la oirían, y cantarían o de un modo inconsciente o bien pensando que Trilby, más poderoso que los exorcismos del fraile viejo y que los severos mandatos de Salomón, había tornado.

Desde entonces, fija la mirada en la lumbre del hogar, buscaba en las extrañas figuras que las brasas forman al convertirse en cenizas los trazos de la fisonomía con que se imaginaba al duendecillo; mas no veía sino las sombras sin forma y sin vida que rompían aquí y allá la uniformidad de las rojas llamaradas, y aun estas sombras se disipaban no bien arrojaba brazadas de ramas secas para reavivar el fuego. Si dejaba caer el huso y abandonaba el hilo, no estaba allí Trilby para jugar con él, como

queriendo robarle a su amada, y dichoso porque el hilo le servía para trepar hasta la mano de Jeannie y besarla rápido, dejándose caer en seguida, escapándose y desapareciendo antes de que ella pudiese advertirlo y quejarse. ¡Dios mío, cuánto había cambiado todo! ¡Cuán largas eran las noches! ¡Cuánta la tristeza de Jeannie!

Las noches, como su vida toda, habían perdido el encanto, y las ensombrecía aún más la recóndita presunción de que Trilby, bien acogido por las castellanas de Argail, vivía tranquilo, agasajado y sin nada que temer de los hoscos maridos. ¡Qué de comparaciones humillantes para la choza del lago Beau no haría el duendecillo a cada instante en las deliciosas vigiliadas pasadas junto a chimeneas magníficas de columnas de mármol negro de Staffa, de mármol argentado de Firquin, rematadas por volutas de limpios vidrios de mil colores! ¡Y toda esta suntuosidad cuán lejos estaba de la sencilla pobreza del fogón de Dougal! Jeannie imaginaba a sus nobles «rivales» sentadas junto a las brasas, alimentadas de maderas preciosas y odorantes que llenaban con una nube de perfumes el palacio favorecido por el duendecillo! ¡Y cuando con la imaginación iba detallando la riqueza de los vestidos, los brillantes colores, las plumas magníficas, la gracia de las cabelleras, o cuando creía oír las voces gentiles y armoniosas?

«¡Desdichada!—se decía—. Creías saber cantar, y así tuvieses una voz tan dulce como la de aquella muchacha del mar cuyo canto oyeron alguna vez los

pescadores, no se acordaría de ti. Tú cantabas cual si él no hubiera estado aquí, como si sólo te escuchara el eco, mientras que esas damiselas cantan no más que para él. ¡Y cuántas cualidades no tienen sobre ti: la riqueza, la nobleza y quizá la hermosura! Mira tus brazos: son graciosos y esbeltos; pero les falta delicadeza y frescura. Acaso tu cabellera, aunque negra, no carece de gracia, sobre todo cuando los bucles de ella, largos y rizados, ondean sobre tu cuello movidos por las frescas brisas del lago... Pero me vió tan pocas veces sobre el lago, que acaso lo olvidó.»

Preocupada con estas ideas, Jeannie se acostaba más tarde que de ordinario y no se dormía sin pasar de una inquietud a otras inquietudes. Trilby no se le aparecía ya en sus sueños bajo la forma fantástica del gracioso enanillo del hogar. Ahora este niño caprichoso era un adolescente de cabellos rubios, de talle tan esbelto y elegante, que se asemejaba, por lo gracioso y lo fino, a los juncos de las riberas: tenía los rasgos dulces y finos de Trilby, mas dibujados sobre la persona imponente del jefe del clan de los Mac-Ferlane cuando trepaba al Cobler blandiendo el arco temible del cazador, o cuando marchaba sobre los céspedes haciendo resonar las cuerdas del arpa escocesa, y así debía de ser el último descendiente de los ilustres señores cuando desapareció súbito de su castillo, después de haber sufrido los anatemas de los santos religiosos de Balva por haberse negado a pagar un viejo tributo al monasterio. Pero entonces la mira-

da de Trilby no tenía ya la expresión franca, la confianza ingenua de la dicha. La sonrisa de candor aturdido no retozaba en sus labios. Miraba a Jeannie entristecido, suspiraba amargamente, velaban su frente largos cabellos y se envolvía en su capa de amplios pliegues. Conservábase puro el corazón de Jeannie; mas sufría pensando que ella era la causa de las desgracias de una criatura encantadora que jamás la ofendiera y cuya cándida ternura la atemorizó hartó prematuramente. Engañada por los sueños, imaginaba llamar a gritos al duendecillo para que volviese al hogar, y que el duendecillo llegaba tan lleno de gratitud que se abrazaba a sus pies, besándolos y cubriéndolos de lágrimas. Después, cuando le contemplaba bajo la nueva figura, comprendía que no podría sentir por él sino un cariño culpable, y deploraba su destierro, sin atreverse a desear su retorno.

Así transcurrían las noches de la muchacha desde la marcha del diablejo, y con el corazón lacerado de un justo arrepentimiento, o por inclinaciones involuntarias, bien pronto repudiadas, no se entretenía más que en las fatigosas faenas que interrumpían el reposo de la cabaña.

Hasta el mismo Dougal estaba inquieto y pensativo. ¡Gozan de tantos privilegios las casas habitadas por los duendecillos! Desde luego se ven libres de todos los daños que pueden causar las tormentas y de los desastres de los incendios, porque el diablejo, siempre vigilante, no olvida nunca, cuando todos duermen, de rondar por todo el edificio hos-

pitalario que le abriga de los fríos del invierno. Tapa las grietas del tejado no bien el viento se empeña en ensancharlas, o vuelve a los goznes quebrantados la puerta que mueve el vendaval. Necesitando para él el grato calor del lar, separa de vez en cuando las cenizas que se amontonan y reaviva con un soplo ligerísimo la brasa próxima a extinguirse, la que poco a poco se extiende por todo el carbón ennegrecido. No necesita más para calentarse; pero paga espléndidamente el bien que recibe. Cuida, vigilante, de que ninguna llama fugitiva despierte con los horrores de un fuego el sueño descuidado de los moradores; mira todos los rincones de la casa y todas las rendijas de la vieja chimenea; da vuelta al forraje en el pesebre y a la paja en el establo, y esta solicitud llega a los pacíficos moradores del corral, a la volatería, a quien la Providencia dió gritos para quejarse, mas no armas con que defenderse. Ya es el gato montés, que llegó sin que se oyesen sus pisadas, amortiguadas por el musgo y también por el terciopelo que encubre sus uñas, conteniendo su maullido de tigre, velando sus ojos ardientes, que brillan en la noche como fuegos fatuos; ya es la marta viajera, que de improviso cae sobre su presa, que la coge sin herirla, que la envuelve, coqueta, con graciosos abrazos, que la embriaga con perfumes deliciosos y que le da muerte con un beso; ya es hasta el mismo zorro, al que se encuentra sin vida junto al cesto tranquilo de pollitos recién nacidos, cuya madre duerme con la cabeza bajo el ala soñando

que de toda la nidada ni un solo huevo se malogró.

Y, para decirlo todo, la holgura con que vivía Dougal había aumentado con la pesca de aquellos lindos peces azules que tan fácilmente cogía con sus redes; pero desde el destierro de Trilby estos peces desaparecieron. Por esto, siempre que llegaba a la orilla del lago, todos los niños del clan de Mac-Ferlane le gritaban:

—Dougal malo, ¿qué daño te hicimos? Porque fuiste tú quien se llevó todos esos lindos peces del lago Long y del lago Beau. Ya no los vemos saltar sobre las aguas, ni hacer como que pican en nuestros anzuelos, ni detenerse, inmóviles como flores, sobre las hierbas rojizas de la rada. Ya no los vemos nadar al lado nuestro cuando nos bañamos, llevándonos lejos de las corrientes peligrosas y mostrándonos su dorso azul.

Y Dougal proseguía su camino, murmurando:

—Acaso sea, en efecto, necedad sentir celos de un duendecillo; pero el viejo fraile de Balva sabe mucho más que yo.

No se le ocultaba a Dougal cuánto había cambiado el carácter de Jeannie, antes tan dulce y alegre, y cuando con el pensamiento se remontaba al instante en que apareció esta melancolía, recordaba el momento preciso de las ceremonias del exorcismo para arrojar a Trilby. En fuerza de cavilar se persuadió de que las inquietudes que turbaban su hogar y la mala suerte que le perseguía en la pesca podrían muy bien ser los efectos

de un sortilegio, y sin comunicar esta idea a Jeanie en términos que aumentasen sus inquietudes y amarguras, le sugirió poco a poco el deseo de recurrir a una protección poderosa contra el mal sino que le perseguía.

De allí a pocos días se celebraba en el monasterio de Balva la famosa romería de San Columbain, el santo que tenía más devotas entre las mujeres jóvenes de la comarca, porque, víctima de un amor oculto y desgraciado, era sin duda el intercesor de la corte celestial más propicio para las penas calladas del corazón. Se referían de él milagros de caridad y de ternura cuyo relato nunca pudo oír Jeanie sin conmoverse, milagros que desde hacía algún tiempo se presentaban a su imaginación como sueños acariciadores de esperanza. Por esto se avino de buena gana a los propósitos de Dougal, con tanto mayor motivo cuanto nunca estuvo en el alto de Calender, y en esta comarca, nueva para sus ojos, de cierto tendría menos recuerdos desagradables que en el lar de su cabaña, donde la entretuvieron las gracias conmovedoras y el amor inocente de Trilby. Un pesar no más enturbiaba la idea de la romería: que el fraile más viejo del monasterio, aquel inflexible Ronald, cuyos crueles exorcismos desterraron a Trilby, pudiera dejar su ermita de la montaña para tomar parte en las solemnidades religiosas de la festividad del santo patrón. Pero la muchacha, que temía, y no sin razón, abrigar muchos pensamientos indiscretos y acaso sentimientos culpables, resignóse prontamen-

te a la mortificación y al castigo que suponían la presencia del viejo fraile. Además, ¿qué iba a hacer ella sino pedir a Dios que la hiciese olvidar a Trilby, o más bien a la imagen falsa que de él se había forjado? ¿Ni qué odio podía sentir contra el anciano, que no había hecho mas que cumplir sus deseos y prevenir su penitencia?

«Además—pensó, sin darse cuenta de este cambio involuntario de su espíritu—, Ronald tenía más de cien años en la última caída de las hojas, y acaso haya muerto.»

Menos preocupado Dougal, porque tenía idea clara del objeto del viaje, calculaba lo que habría de producirle en lo por venir la pesca copiosa de aquellos peces azules, de los que antes no pensó ver el fin, y cual si creyera que la piadosa visita al sepulcro del santo abad devolvería todo aquel pueblo vagabundo de lindos pescados a las aguas del golfo, las sondaba inútilmente con la mirada, recorriendo el pequeño recodo del extremo del lago Long hacia las deliciosas riberas de Tarbet, campiñas de ensueño que hasta el viajero que las cruzó con el corazón vacío de las ilusiones del amor, que embellecen todos los paisajes, jamás las olvida.

Hacía poco menos de un año que se arrojó a Trilby del hogar. Aún no había llegado el invierno, pero el otoño agonizaba. Las hojas, movidas por fresca brisa matutina, se agolpaban a los extremos de las ramas inclinadas, o formando extraños ramos de un rojo esplendoroso o de un leonado áureo, y parecían ornar las cimas de los árboles

con flores más frescas y frutos más espléndidos que aquellos que les eran naturales. Se hubiera creído que había ramos de granadas en los abedules y que el pálido verdor de los fresnos ocultaba racimos maduros, muy sorprendidos de brillar en las sombras de un follaje ligero.

Hay en los días en que ya declina el otoño algo inexpresable que aumenta la solemnidad de todos los sentimientos. Cada paso que da el tiempo imprime sobre los campos o en los árboles que amarillean una nueva señal de caducidad más imponente y más grave. Se oye salir del fondo de los bosques algo como un rumor amenazador formado por el chasquido de las ramas secas, el frotar de las hojas que caen, la queja confusa de los animales de rapiña a quien la proximidad del invierno riguroso alarma por sus hijuelos; rumores, suspiros, gemidos algunas veces semejantes a voces humanas, que sorprenden el oído y oprimen el corazón. Ni aun en los templos evita el viajero las sensaciones que le persiguen. Las bóvedas de las iglesias viejas dan iguales rumores que las reconditeces de las viejas florestas cuando el paseante solitario escucha los ecos sonoros de la nave, y cuando el aire exterior se desliza por las tablas mal unidas o mueve los plomos de los vidrios rotos, uniendo un ruido extraño al sordo resonar de los pasos. En ocasiones se diría que el canto tembloroso de una virgen joven enclaustrada responde al mugido majestuoso del órgano, y estas impresiones se confunden de tal manera en otoño que aun el mismo ins-

tinto de los animales se equivoca a veces. Se ha visto a lobos vagar entre las columnas de una iglesia abandonada con la misma confianza que si estuviesen entre los troncos blanquecinos de las hayas, y a una bandada de pájaros aturdidos posarse lo mismo en los árboles altísimos que en el puntiagudo campanario de las iglesias góticas. Ante el aspecto del atrevido remate, cuya forma, y a veces hasta la materia que le compone, originaria de su selva natal, el milano va cerrando poco a poco los círculos de su vuelo y se abate sobre la aguda punta.

Esta idea hubiera debido prevenir a Jeannie contra todo presentimiento doloroso cuando al lado de Dougal llegó a la capilla de Glenfallach, hacia la que marchaban desde luego, porque aquél era el punto de reunión de los peregrinos. Había visto, en efecto, que un cuervo de alas desmesuradas se posaba en la antigua flecha y lanzaba un graznido inacabable, que expresaba tanta inquietud como tristeza, y no pudo menos que considerar aquello cual un presagio siniestro. Más tímida a medida que se acercaba, miraba a un lado y a otro con intranquilidad, y sentía temor hasta del débil ruido de las ondas, no movidas del viento, que venían a morir, dulces, al pie de la capilla abandonada.

Y así, de ruina en ruina, Dougal y Jeannie llegaron a las estrechas riberas del lago Kattrim, donde en tiempos lejanos eran raros los bateleros y muchos los lugares de romería. A los tres días de camino divisaron los abetos de Balva. El verdor obscu-

ro de ellos destacaba pintoresco de las florestas de hojas ya marchitas y de los musgos pálidos de las montañas. En la cima de una de ellas, y como inclinadas en lo alto de una roca cortada a pico, cual si quisieran arrojarse al abismo, veíanse las viejas y ennegrecidas torres del monasterio, y arrancando de ellas y perdiéndose a lo lejos, las alas de edificios medio hundidos. Jamás la mano del hombre, desde que los santos fundaron el monasterio, había reparado lo que destruyera el paso del tiempo, y una tradición extendida en el pueblo aseguraba que cuando se hubiese hundido todo, el enemigo de Dios se enseñorearía de Escocia durante algunos siglos y tinieblas impuras reemplazarían a los fulgores de la fe. Por esto mismo era para la multitud creyente un motivo más de alegría la contemplación del monasterio, firme y robusto, prometiendo con su aspecto largos años de duración. Gritos de alegría, clamores de entusiasmo y dulces murmullos de esperanza y de reconocimiento se unían en una plegaria común. Y era entonces, en aquel instante de la emoción piadosa y honda que suscita la esperanza en la realización de un milagro, cuando todos los peregrinos, arrodillados en adoración, recordaban y fijaban cuál petición motivaba su viaje.

La mujer y las hijas de Coll Camaron—uno de los vecinos más cercanos de Dougal—pedirían bellos vestidos que en las primeras fiestas las adornasen de modo que quedase obscurecida la sencilla belleza de Jeannie; Dougal pediría una redada

milagrosa que le enriqueciera con algún tesoro encerrado en una caja preciosa, que su buena suerte pudiese llevar intacta a la orilla del lago, y Jeannie pedía que pudiese olvidar a Trilby y no soñar más, súplica que su corazón no osaba confesar por completo porque pensaba meditar aún más al pie del altar antes de encomendarla sin reservas al cuidado atento del santo protector.

Llegaron al cabo los peregrinos al atrio de la vetusta iglesia, donde los eremitas más viejos de la comarca recogían las ofrendas, daban refrescos a los peregrinos y les proporcionaban hospedaje para la noche.

Desde lejos, la reluciente blancura de la frente del anacoreta, la majestad de su estatura elevada, que los años no habían inclinado; la gravedad de su actitud inmóvil y casi amenazadora habían suscitado en Jeannie una reminiscencia en que se mezclaban el respeto y el terror. El eremita era el austero Ronald, el fraile centenario de Balva.

—Esperaba verte por aquí—dijo, mirando a Jeannie con una atención tan penetrante que la infortunada no hubiera sentido una turbación mayor si en público la hubiesen acusado de un pecado—. Y a ti también, buen Dougal—prosiguió, bendiciéndolos—. Con razón venís a buscar la gracia de Dios en la morada de Dios y a pedirnos, contra los enemigos que os atormentan, el socorro de una protección que los pecados del pueblo han cansado tanto que no puede ser lograda sino con grandes sacrificios.

Esto diciendo, los había llevado al amplísimo re-
fectorio. Los demás peregrinos o descansaban senta-
dos en el atrio o se distribuían, según la devoción
de cada uno, por las numerosas capillas de la cripta.
Ronald se persignó y se sentó. Dougal le imitó.
Jeannie, poseída de inquietud invencible, quiso dis-
traer la atención obstinada del santo padre de-
jando que la suya errase sobre los nuevos objetos de
curiosidad que se veían en aquel retiro desconoci-
do. Miraba con vago interés la cimbra inmensa de
bóvedas antiguas, la majestuosa elevación de las
pilastras, el trabajo atrevido y detallado de los
adornos, y el número considerable de retratos pol-
vorientos que se sucedían encuadrados sobre el zó-
calo de madera. Por vez primera Jeannie veía jun-
tas tantas pinturas y sus ojos se maravillaban de
aquella imitación tan fiel de la figura del hombre,
animada por la habilidad de cada artista con las
pasiones de la vida. Asombrada contemplaba la su-
cesión de héroes escoceses, tan diferentes de expre-
sión y de carácter, que parecían perseguirla con los
ojos de cuadro en cuadro, con emoción unos, con
interés impotente e inútil ternura otros, y algunos
con el sombrío rigor de la amenaza o con la mirada
fulgurante de la maldición. Uno de ellos, al que el
atrevido pincel del artista parecía haber adelanta-
do la resurrección y al que una combinación de efec-
tos y colores entonces poco conocida presentaba
como fuera del lienzo, asustó de tal manera a Jean-
nie con la idea de que iba a salir de su marco dorado
y cruzar la galería como un espectro, que se refugió

temblorosa junto a Dougal, y cayó aterrada en la banqueta que Ronald le ofreciera.

—Ese—dijo el fraile, que no había cesado de conversar con Dougal—es el piadoso Magnus Mac-Ferlane, el más generoso de nuestros protectores y por el que elevamos más plegarias. Indignado por la falta de fe de sus descendientes, y esta deslealtad prolongó por siglos las pruebas que ha de sufrir su alma, los persiguió, así como a sus partidarios y cómplices, hasta desde este retrato milagroso. Oí como cierto que nunca entraron en este recinto los amigos de los últimos Mac-Ferlane sin que el piadoso Magnus dejara de salir del lienzo en que le fijó el pintor, para vengar en ellos el crimen y la indignidad de su descendencia. Los lugares vacíos que siguen a este cuadro, y que se guardaban para colocar en ellos los retratos de nuestros opresores, indican que fueron arrojados de aquí como lo fueran sus almas del cielo...

—Sin embargo—dijo Jeannie—, el último de los sitios parece ocupado... En el fondo de la galería hay un retrato o una tela que lo tapa...

—Como os decía—prosiguió el fraile sin escuchar la observación—, este retrato es el de Magnus Mac-Ferlane, y a todos sus descendientes les alcanzó la maldición eterna.

—Sin embargo—insistió Jeannie—, ved un retrato tapado en el fondo de la galería, y no se le habría admitido aquí en esta santa casa si la persona cuya imagen representa estuviese también castigada por la maldición eterna. ¿Será acaso que no

perteneció a la familia de Mac-Ferlane, como parece indicar la disposición de esta galería?... ¿Y cómo un Mac-Ferlane...?

—La venganza divina tiene límites y condiciones—interrumpió Ronald—; de seguro ese joven tuvo algún intercesor entre los santos...

—¡Era joven!—exclamó la muchacha.

—¿Y qué?—dijo ásperamente el fraile—. ¿Acaso importa la edad de un condenado?

—Los condenados no tienen intercesores en el cielo—respondió vivamente Jeannie, precipitándose hacia el cuadro.

Dougal la retuvo y se sentó. Lentamente la sala iba llenándose de peregrinos que formaban un gran corro en torno del venerable anciano; éste reanudó su discurso donde le había dejado.

—¡Verdad! ¡Verdad!—exclamaba inclinando la frente y apoyándola en sus dos manos—. ¡Terribles sacrificios! Por nuestra intercesión no puede pedirse la protección del Señor sino para las almas que la quieran sinceramente, como nosotros, sin mezcla de doblez ni de debilidad. No todo está en sentir la obsesión de un demonio y pedir al Cielo que os libre de él. ¡Hay también que maldecirle! ¡No sabéis que aun la caridad puede ser un pecado grandísimo?

—¿Es posible?—preguntó Dougal.

Jeannie tornó al lado de Ronald y le miró con más osadía que hasta entonces.

—¡Desgraciados de nosotros!—prosiguió el fraile—. ¿Cómo podríamos resistir al enemigo malo, empeñado en nuestra perdición, si no empleásemos

contra él todas las armas que nos dió la religión, todo el poder que ella puso en nuestras manos? ¿De qué nos serviría rogar siempre por los que nos persiguen si ellos no cesan de renovar contra nosotros sus ardidés y maleficios? Las disciplinas sagradas y los cilicios rigurosos de los santos probados no nos defenderían contra el enemigo malo, contra los malos espíritus. Hijos míos, sufrimos como vosotros y juzgamos de lo cruel de vuestros combates por los que nosotros libramos. ¿Creéis que estos pobres monjes anduvieron una carrera tan larga sobre esta tierra tan rica en placeres, viviendo de un modo deliberado en austeridades y privaciones, sin luchar a veces contra el ansia de las voluptuosidades y contra el deseo de ese bien temporal que llamáis la felicidad? ¡Oh qué de sueños deliciosos no asaltaron nuestra juventud; qué de ambiciones criminales no atormentaron nuestra madurez; qué de lamentaciones amargas no adelantaron la blancura de nuestros cabellos, y cuán cargados de remordimientos no llegaríamos a la presencia de Nuestro Señor si hubiéramos titubeado en armarnos de maldiciones y de venganzas contra el espíritu del pecado!...

Al llegar a estas palabras el anciano Ronald hizo una señal y la multitud se alineó en un banco estrecho que corría por todo el muro como una moldura.

—¡Medid lo grande de nuestras aflicciones—siguió—por lo profundo de la soledad que nos rodea, por lo inmenso del abandono a que estamos conde-

nados! Hasta los rigores más crueles de vuestros destinos no carecen de consuelo ni aun de placer. Todos vosotros tenéis un alma que os busca, un pensamiento que os comprende, un otro *vosotros* que se asocia con el recuerdo, con el interés o con la esperanza a vuestro pasado, a vuestro presente o a vuestro porvenir. No hay límites para vuestro pensamiento, ni espacio cerrado a vuestros pasos, ni criatura negada a vuestro afecto, mientras que toda la vida del monje, toda la historia del eremita en la tierra transcurre sobre el suelo solitario de la iglesia y de las catacumbas. En el largo correr de los años, siempre iguales entre sí, no hacemos sino cambiar de tumba, ir del coro de los sacerdotes al de los santos. ¿Y no creéis deber vuestro dar algo en trueque de esta devoción tan penosa y perseverante que mira a vuestra salvación? ¡Ay hermanos, ahora sabréis cuánto agrava de día en día lo áspero de nuestra penitencia el mismo celo que ponemos en vuestros intereses espirituales! ¡Sabed que no nos bastaba con estar sometidos, cual todos los mortales, a los demonios del corazón, de los que ningún hijo de Adán pudo rechazar los ataques! Ahora hasta los espíritus más desgraciados, hasta los duendecillos más oscuros disfrutaban del placer maligno de turbar los cortos instantes de nuestro descanso y destruir la paz, tanto tiempo inviolable, de nuestras celdas. Algunos de los diablejos ociosos, más desde que con tanta fatiga y rezos los hemos expulsado de vuestras moradas, se vengan cruelmente de nosotros

abusando del poder que perdimos sobre ellos por un exorcismo indiscreto. Al arrojarlos del escondrijo que usurparan en vuestras casas olvidamos señalarles un sitio fijo donde cumplieran su destierro; así, que sólo las casas de que se los arrojó se ven exentas de sus injurias. ¿Creéis que se ven libres de ellos los lugares consagrados y que esta cohorte infernal no espera hasta en este momento en que os hablo que venga la noche para invadir en densos torbellinos los artesonados de estos claustros?... Hace poco tiempo, y cuando el ataúd que encerraba el cuerpo de un pobre hermano nuestro casi llegaba al suelo de la cripta, rompióse de pronto la cuerda, silbando como una risa aguda; el féretro cayó, chocando con estrépito de escalón en escalón bajo las bóvedas. Las voces que se oyeron semejaban voces de muertos irritados porque se turbaba su reposo, que gemían, que gritaban, que increpaban. Los hermanos que estaban más próximos a la cripta, los que comenzaban a mirar hacia aquellas profundidades creyeron ver abrirse los sepulcros, flotar los sudarios y moverse los esqueletos, que por artificio de los duendes salían por los respiraderos, caminaban por las naves, se agrupaban en tropel sobre las sillas del coro y se confundían como figuras espantables en las sombras del santuario. En aquel momento todas las luces de la iglesia... ¡Oídme!

Apretujóse la muchedumbre para oír mejor a Ronald; sólo Jeannie, que acariciaba con los dedos su cabellera, escuchaba sin oír.

—Oíd, hermanos míos, y decidme cuál pecado secreto, qué asesinato, cuál traición, qué adulterio de acción o de pensamiento pudo atraer sobre nosotros aquel horror. ¡Todas las luces de la iglesia se apagaron! Las hachas de los acólitos lanzaban llamas fugitivas que se acercaban, se alejaban, danzaban en rayos azulados y temblorosos, como los fuegos mágicos de las brujas, y después subían hasta perderse en los oscuros rincones de la nave de las capillas. En fin, hasta la lámpara inmortal del Santo de los Santos... ¡Yo la vi agitarse y morir! ¡Morir! ¡La noche entera, profunda, se hizo en la iglesia, en el coro y en el tabernáculo! ¡La noche bajó por vez primera sobre el Sacramento del Señor! ¡La noche, húmeda, oscura, temible, espantosa, reinó en nuestra basílica, aquí donde se promete el día eterno!... Aturdidos los hermanos, se perdían en las inmensidades del templo, agrandadas aún más por la negrura de las tinieblas, y engañados por los muros, que les negaban por doquiera la salida estrecha y olvidada, engañados por la confusión de sus voces quejumbrosas, que agrandadas por el eco llegaban a sus oídos como estruendos de amenaza y de terror, huían espantados, oyendo hasta como clamores y gemidos de las tristes figuras yacentes de los sepulcros, que lloraban en sus lechos de piedra. Uno de los hermanos sintió que la mano helada de San Damián se abría, se extendía y oprimía la suya sujetándola al monumento con apretón eterno. Al día siguiente se le encontró muerto. El más joven de los monjes (que había llegado hacía poco y

del que no conocíamos ni el nombre ni la familia) abrazó con tal fuerza la escultura de una santa, esperando que le socorriera, que la hizo caer sobre él y murió aplastado; es esa imagen obra de un buen escultor del país y representa a la virgen del Lotherian, que murió de dolor porque la separaron de su prometido. Tantas desgracias—prosiguió Ronald, queriendo atraer la mirada inmóvil de Jeannie—son quizá el efecto de una compasión indiscreta, de una intercesión involuntariamente criminal, de un pecado, de un solo pecado de intención.

—¡De un solo pecado de intención!—exclamó Clady, la más joven de las hijas de Coll Camaron.

—¡De uno solo!—repitió impaciente Ronald.

Jeannie, tranquila y sin poner atención en lo que ocurría, ni aun había suspirado. El incomprendible misterio del retrato cubierto por una tela llenaba toda su alma.

—Acabemos—dijo Ronald levantándose y dando a sus palabras una expresión solemne de exaltación y de autoridad—; hemos señalado el día de hoy para arrojar de toda Escocia a todos los espíritus malignos mediante una imprecación irrevocable.

—¡Irrevocable!—murmuró una voz gemebunda, que se alejó poco a poco.

—¡Irrevocable si es libre y general! Cuando el grito de maldición resuene en el altar, si todas las voces lo repiten...

—¡Si todas las voces repiten el grito de maldición en el altar!—dijo la voz.

Jeannie marchaba hacia el extremo de la galería.

—Entonces todos los diablos y los malos espíritus se hundirán para siempre en los abismos.

—¡Amén!—dijo la multitud.

Y siguió en masa al espantable enemigo de los duendecillos. Los demás frailes, o más tímidos o menos severos, se habían alejado del aparato temerosos de la cruel ceremonia, porque, como ya dijimos, los duendecillos de Escocia, cuya condenación eterna no era verdad averiguada por la creencia popular, inspiraban más inquietud que odio, y corría el rumor de que algunos de ellos desafiaban los rigores del exorcismo y del anatema en la celda caritativa de un solitario o en la hornacina de algún apóstol. Cuanto a los pastores y pescadores, nada malo tenían que decir de los inteligentes familiares tan despiadadamente condenados; mas poco sensibles al recuerdo de los beneficios pasados, se unían gustosos a la cólera de Ronald y no vacilaban en proscribir al «enemigo» desconocido, del que sólo bienes habían recibido.

La historia de la expulsión del pobre Trilby era desde luego sabida de todos los vecinos de Dougal, y en sus veladas las hijas de Coll Camaron solían decirse que acaso al duendecillo debía Jeannie muchas de sus victorias en las fiestas del clan y Dougal aquellas pescas fabulosas que superaban a las de su padre y a las de sus novios. ¿Acaso Mainch Camaron no había visto con sus ojos al mismo Trilby sentado en la proa del barquichuelo, arrojando a manos llenas miles de peces azules en las nasas

vacías del pescador dormido, y también despertar a éste golpeando en el barco con el pie y alejarse de onda en onda hasta la orilla sobre las espumas de plata?...

—¡Maldición!—gritó Mainch.

—¡Maldición!—gritó Feny.

—¡Ah!—pensó Clady—. Para ti sólo es Jeannie quien tiene encantos y belleza, y por ella, fantasma de mis sueños, al que tanto amé, me abandonaste, y si la maldición lanzada contra ti no se cumple y quedas libre para vivir en cualquiera cabaña de Escocia, ¿escogerás para siempre la de Jeannie? ¡No, no, en verdad!

—¡Maldición!—repitió Ronald con voz temerosa.

Le era imposible a Clady pronunciar la palabra; pero volvía Jeannie tan bella de emoción y de amor que ya no vaciló:

—¡Maldición!—dijo Clady.

Únicamente Jeannie había estado ausente durante la ceremonia; pero con tantas impresiones vivas y hondas desarrolladas en tan pocos momentos, nadie, menos Clady, hubo de advertir su ausencia. Clady, que pensaba que mujer alguna, salvo Jeannie, la igualaba en belleza.

Recordemos que una irreprimible curiosidad arrastró a Jeannie hacia el extremo de la galería de cuadros precisamente cuando el viejo fraile persuadía a sus creyentes a cumplir el tremendo deber que le inspiraba su piedad. No bien la turba salió de la sala cuando la muchacha, trémula de impaciencia, y acaso preocupada a su pesar por algún

otro sentimiento, se lanzó al cuadro oculto, arrancó la cortina que lo tapaba y de una sola mirada reconoció los rasgos con que había soñado.

—¡Era él! Conocía la cara, los vestidos, el escudo, las armas y hasta el nombre mismo de Mac-Ferlane; el pintor había trazado con letra gótica y debajo del retrato, según los usos de su tiempo, el nombre del personaje representado:

JUAN TRILBY MAC-FERLANE

—¡Trilby!—exclamó aturdida Jeannie.

Y como una centella cruzó la galería, salas, peñaños, claustros y atrios, y cayó al pie de la tumba de San Colombain, en su altar, precisamente cuando Clady, temblando aún por el sacrificio que acababa de realizar, hacía coro al clamor de maldición.

—¡Caridad!—gritó Jeannie, abrazada a la tumba sagrada—. *Amor y caridad*—repitió con voz apagada.

Y si a Jeannie le hubiera faltado valor para pedir caridad, la imagen de San Colombain habría bastado para reanimar este sentimiento en su corazón. Sin haber contemplado la imagen sagrada del patrono celestial del monasterio no se puede tener idea de la faz divina con que los ángeles animaron el lienzo milagroso, porque todo el mundo sabe que aquella pintura no fué trazada por la mano de un hombre, sino por un espíritu bajado del cielo mientras el artista dormía sin darse cuenta, para embellecer con un sentimiento de piedad y de caridad

desconocidos en la tierra los trazos angélicos del bienaventurado. De todos los elegidos del Señor, sólo San Colombain tenía triste la mirada y amarga la sonrisa, ya porque hubiese dejado en la tierra algún objeto tan querido que ni aun los goces inefables prometidos a una eternidad de gloria y de dicha le hubieran hecho olvidar, o ya porque, hartosensible a las penas de la humanidad, no concibiera en su nuevo estado sino el dolor inenarrable de ver a los desgraciados que le sobrevivieron expuestos a peligros y a angustias que él no podía remediar ni consolar. En efecto, ésta debe de ser la única aflicción de los santos, o bien que los sucesos de su vida los hayan unido por azar a los destinos de alguna criatura perdida por toda la eternidad, a la que no volverán a encontrar jamás. Los destellos de una luz dulcísima que despedían los ojos de San Colombain, la benevolencia sin límites que expresaban sus labios palpitantes de vida, los efluvios de amor que descendían de él disponiendo el corazón a una religiosa ternura, daban aún mayor firmeza a la resolución tomada por Jeannie, que con el pensamiento, y cada vez con mayor vehemencia, repetía: *Amor y caridad.*

«¿Con qué derecho—se decía—he de fulminar yo una maldición? ¡Ah! No fué a una débil mujer, no fué a nosotros a aquellos a quienes el Señor confió el cuidado de sus tremendos castigos... ¡Tal vez no se venga jamás! Y si tiene enemigos a quien castigar (El, que no tiene enemigos a quienes temer), de cierto que no será a criaturas débiles, ex-

puestas a pasiones ciegas, a las que haya confiado el ministerio de administrar sus terribles justicias. ¡Si algún día ha de ser El quien juzgue hasta nuestros pensamientos! ¿Y cómo, ¡ay!, le podría yo implorar perdón para mis faltas, reveladas por testimonios a los que no podré contradecir, si yo misma, por faltas que no conozco, por faltas que quizá no se cometieron, lanzo la inexorable maldición que se me pide contra algún infortunado que sin duda sufrió ya un castigo severo en extremo?»

Al llegar aquí Jeannie se asustó de sus pensamientos, y sus miradas se elevaron temerosas a la imagen de San Colombain. Segura de la pureza de sus sentimientos, porque el interés invencible que sentía por Trilby no la hizo olvidar ni un solo instante que era la esposa de Dougal, fijó su mirada y su pensamiento en el incierto pensamiento del Santo de las Montañas. Un tenue rayo del sol poniente, que atravesaba las altas vidrieras y llegaba al altar pleno de colores limpios y brillantes, aumentados por el crepúsculo, ponía en el bienaventurado una sonrisa más tranquila, una serenidad más inefable, una placidez más dichosa. Jeannie pensó que San Colombain estaba contento de ella, y traspasada de gratitud, besó, fervorosa, las losas de la capilla y las gradas del sepulcro, repitiendo sus anhelos de caridad. Hasta es posible que hubiese en sus labios una súplica que no podría realizarse en la tierra. ¿Quién podrá jamás penetrar los secretos de un alma tierna, y quién apreciar la abnegación de una mujer que quiere?

El viejo fraile, que no perdía de vista a Jeannie, y que, satisfecho de su devoción, tenía por cierto que ella había respondido a su conjuro, la levantó del suelo sagrado y la entregó a los cuidados de Dougal, que estaba disponiendo el regreso, imaginándose ya en posesión de las prosperidades que le produciría el buen resultado de la peregrinación y la protección de los santos de Balva.

—A pesar de todo—dijo a Jeannie cuando divisaron su choza—, no puedo ocultar que me costó trabajo pronunciar la maldición y que necesito distraerme con la pesca.

Cuanto a Jeannie nada tenía que decir ni nada podía distraerla de sus recuerdos.

La tarde siguiente a cierto día en que la batelera llevó hasta cerca del golfo de Clyde a la familia del *laird* de Roseneiss, volvía por el extremo del lago Long, dejando que su barquilla, llevada por la marea, surcara las aguas por medio de las sirtes de Argail y Lennox, sin fatigarse con el empleo del remo, manteniéndose erguida sobre la navecilla estrecha y obediente, dejando que el viento moviera su cabellera negra y abundosa, de la que se envanecía, y desnudo el cuello blanquísimo, que el sol había dorado; estaba, en verdad, bella y resplandeciente. Sus pies desnudos hacían mover a la barquilla con débil balanceo, que las ondas agitadas acompañaban, y la marea, como excitada por esta resistencia, tornaba burbujeando, se elevaba hasta los pies de Jeannie y los ceñía de espuma de plata.

Estábamos aún en la estación fría; mas aquella

tarde la temperatura era dulce, y Jeannie gozaba de una de las jornadas más bellas que recordaba. La neblina que de ordinario se levanta de las aguas del lago se extendía por delante de las montañas como reddecilla de tenue muselina, y poco a poco se iban ensanchando sus mallas vaporosas. Las que el sol no había disipado aún se columpiaban hacia occidente como una trama de oro fino que las hadas del lago hubiesen tejido para ornato de sus fiestas. Otras centelleaban como puntitos aislados, inquietos, deslumbradores, como lentejuelas arrojadas sobre un fondo transparente de colores maravillosos. Había nubecillas húmedas donde el anaranjado, el amarillo y el verde apagado luchaban, según el rayo de luz que las hería, contra el azul, la púrpura y la violeta. Al desvanecerse la bruma errante, porque una depresión de la costa daba libre paso al viento, todo se confundía en un matiz tan indefinido que no tiene nombre posible, que sorprendía la imaginación con sensaciones tan nuevas que podría creerse que adquiriríamos un sentido más; y durante estas mudanzas los aspectos varios de las riberas se sucedían unos a otros a los ojos de la muchacha. Había cúpulas inmensas aureoladas por el sol poniente con rayos transparentes como el cristal, grises y mates como el hierro fundido; los más alejados al Oeste se cernían como coronas de un rosa vivo, que al descender palidecían poco a poco por las pendientes nevadas de los montes, hasta morir en la base de ellos en tinieblas débilmente coloreadas. Veíanse trozos de un negro

sombrío que semejaban escollos inevitables, que retrocedían ante la proa del barquichuelo y luego eran bahías propicias a la natación. El escollo temido escapaba, y después todo se embellecía y era segura una navegación feliz.

Jeannie vió a lo lejos las barcas errantes de los pescadores más renombrados del lago Goyle; miró un momento las frágiles manufacturas de Portin-cable y contempló, con una emoción que se renovaba cada día, sin decrecer jamás, el grupo incontable de cimas que se perseguían, se apretaban y se confundían hasta no distinguirse unas de otras sino por efectos inesperados de luz, y más en aquella estación, en que las cubría el manto monótono de las nieves y también la seda argentada de los musgos y el mármol obscuro de los granitos, y hasta las escamas nacaradas de los arrecifes. Tales eran la pureza y transparencia del cielo, que creyó divisar a su izquierda las cimas del Ben-More y del Ben-Wethan; a su derecha, la áspera punta del Ben-Lomond, distinta por los salientes que la nieve no ocultaba, y erizando con crestas pronunciadas la calva cabeza del rey de las montañas. El fondo de este panorama recordaba a Jeannie una tradición muy conocida en el país, y que su imaginación, más abierta que nunca a las emociones vivas y a lo sobrenatural, se representaba bajo un aspecto nuevo.

Desde la orilla misma del lago sube hasta el cielo la masa enorme del Ben-Arthur, coronada de dos peñones negros de basalto, uno de los cuales pare-

ce inclinarse sobre el otro como obrero que deposita en una altura los materiales precisos para el trabajo cotidiano. Estas piedras colosales se sacaron de las canteras de la montaña donde reinaba Arthur el Gigante, cuando hombres atrevidos llegaron a las orillas del Forth y levantaron las murallas de Edimburgo. Arthur, expulsado de sus ingentes soledades por la inteligencia de un pueblo temerario, se abrió paso hasta las riberas del lago Long, y sobre la montaña más alta que encontró puso los cimientos de su palacio selvático. Sentado en el peñón más bajo y apoyada la cabeza en el más alto, contemplaba furioso las impías murallas que le usurpaban sus dominios y le alejaban para siempre de la dicha y aun de la esperanza de lograrla, porque se dice que sentía amores no correspondidos por la reina misteriosa de aquellos lugares, una de las hadas a quien los antiguos llamaban ninfas, que moraba en grutas encantadas alfombradas de flores del mar y alumbradas por los fulgores de perlas y carbunclos del Océano. ¡Pobre del barco aventurero que desfloraba las aguas inmóviles del lago cuando el largo cuerpo del gigante, impalpable como la bruma de la tarde, se levantaba súbito entre los dos peñones de la montaña, apoyaba los pies disformes sobre las cimas desiguales y movía con los vientos sus brazos tenebrosos, abarcando todo el horizonte y rodeándole! No bien su manto de nubes mojaba los pliegues más bajos en el lago, lanzaban un relámpago los ojos espantosos del fantasma, o de su boca salía un mugido semejante al

trueno, y las aguas, arremolinadas, inundaban y destrozaban las riberas. Su aparición, temida por los pescadores, había hecho que fuese abandonada por completo rada tan rica y risueña como la de Arroghar, cuando he aquí que un día llegó un pobre ermitaño cuyo nombre se ha olvidado. Venía de los tempestuosos mares de Irlanda, solo, aunque en apariencia, porque le acompañaban la Fe y la Caridad, y venía en frágil esquife, empujado por un poder irresistible, que surcaba tranquilo las olas alborotadas, sin que el santo padre a quien conducía se ayudara ni de timón ni de remos. Arrodillado en el barquichuelo, tenía en las manos un crucifijo y miraba al cielo. Cuando llegó al término de su viaje, se levantó, digno, arrojó agua bendita sobre las olas embravecidas y habló al gigante con palabras de lengua desconocida. Se cree que en nombre de los Apóstoles que acompañaron al Salvador, pescadores y barqueros, le ordenó que devolviese a los barqueros y pescadores del lago Long el tranquilo disfrute de las aguas que les diera la Providencia. En el mismo instante el fantasma amenazador se disipó en vedijas ligeras cual las que el soplo de la brisa matinal esparce sobre las ondas, y a las que de lejos se tomaría por nubes de edredón arrancado a los nidos de las grandes aves de las riberas. Todas las aguas del golfo quedaron sin movimiento; las olas permanecieron inmóviles para siempre sin perder la forma que tenían en aquel momento, y la mirada aun se equivoca con aquellos contornos redondeados, aquellos tonos azulados, aquellos cam-

biantes reflejos de escamas que hay en la costa, a las que se confunde con espumas, aunque jamás volverán a su movilidad. Después el santo arciano sacó su barca a la arena, dejándola allí, quizá con la esperanza de que se adueñase de ella algún hombre de las montañas; abrazó el crucifijo, estrechándole sobre su pecho, y subió el áspero sendero abierto entre las rocas hasta llegar a la celda que los ángeles habían aparejado para él en un lugar al que no llega con su vuelo ni el águila blanca. Otros anacoretas le siguieron en estas soledades, diseminándose poco a poco acá y acullá por los campos vecinos. Estos fueron los orígenes del monasterio de Balva, y también el del tributo pagado a los monjes por la gratitud de los jefes del clan Mac-Ferlane, gratitud olvidada harto pronto. Y ahora es fácil comprender por cuál enlace secreto la historia de este antiguo conjuro y de las consecuencias de él, tan conocidas del pueblo, se relacionaba con los pensamientos de Jeannie.

En esto, las sombras de una noche temprana, como de aquella estación en que el reinado del sol dura pocas horas, comenzaban a subir desde el lago a las alturas que lo rodean, a velar aun las cimas más altas. El cansancio, el frío y hasta el ejercicio de una prolongada contemplación o de una meditación seria habían amenguado las fuerzas de Jeannie, que sentada, por un cansancio inexplicable, en la popa del barquito le dejaba derivar por el lado de las praderas de Argail hacia la cabaña de Dougal, y casi estaba dormida cuando una voz

que venía de la orilla opuesta le anunció un pasajero.

Sólo la compasión que inspira el hombre perdido en una orilla donde no viven la mujer y los hijos, que le esperan horas y horas angustiados, creyendo que llega a cada momento, y engañándose si el barquero cerró sus oídos a la llamada; el interés que en las mujeres suscitan el enfermo, el extraviado, el niño abandonado o perdido, pudo obligar a Jeannie a vencer el sueño y volver la proa, tanto tiempo combatida por las aguas, hacia los juncos marinos que bordean el ancho golfo de las montañas.

«¿Quién le obliga a atravesar el lago a estas horas—se decía—si no es la necesidad de huir de un enemigo o bien de unirse a los que le esperan? ¡Oh, que aquellos que esperan a quien aman no se vean jamás defraudados; que logren lo que desean!...»

Y la marcha serena y rápida del barco aumentó con el impulso del remo de la muchacha azotando el agua. Seguían oyéndose los gritos, pero de tal modo temblorosos y cascados, que más parecían lamentos de fantasma que voz de criatura humana, y los párpados entornados para ver más en la penumbra, fija la mirada en el horizonte, nada viviente veía que animase la profunda inmovilidad. Si desde luego creyó atisbar una figura que tendía los brazos suplicantes hacia el lago, no tardó en persuadirse de que el «pasajero» no era mas que el tronco de un árbol muerto cuyas ramas secas se movían. Si por algunos instantes le pareció que

una sombra destacada de las brumas corría hacia su barca, llegando casi a tocarla, era la suya proyectada sobre la gasa flotante por el crepúsculo y que iba confundiendo con las tinieblas de la noche. Al fin su remo tocó en las mimbreras de la orilla, y entonces vió en ella a un viejecito tan encorvado por el peso de los años que se hubiera dicho que su cabeza buscaba el sostén de sus rodillas y que se mantenía en equilibrio apoyándose en frágil junco, que sin embargo le sostenía firme, porque aquel viejecito era enano, y por las trazas, el más pequeño que se hubiera visto en Escocia. La sorpresa de Jeannie creció cuando aquél, por caduco que pareciera, se lanzó rápido a la barca y se colocó frente a la batelera de un modo que no carecía ni de agilidad ni de gracia.

—Padre mío—dijo Jeannie—, no os pregunto a dónde queréis ir porque supongo que el sitio a que vais está muy lejano para que podáis llegar a él esta misma noche.

—Estáis equivocada, hija mía—respondió el viejecito—. Jamás estuve más cerca que ahora, y desde que me siento en esta barca me parece que llegué, aun cuando los hielos la mantuvieran inmóvil eternamente en este lugar del golfo.

—Es extraño—replicó Jeannie—. Un hombre de vuestra estatura y de vuestra edad ha de ser muy conocido en el país donde viva, y salvo que seáis el hombrecillo de la isla de Man, del que oí hablar a mi madre, el mismo que enseñó a los habitantes de estos lugares a tejer con juncos cestos larguí-

simos de los cuales los peces, sujetos sin duda por algún poder mágico, no saben salir, aseguro que vuestra casa no está en las costas del mar de Irlanda.

—¡Oh, querida niña, tengo mi morada muy cerca de esta orilla; mas se me arrojó cruelmente de ella!

—Si es así, comprendo, buen anciano, cuál es el motivo de que volváis a las tierras de Argail. Y de cierto habéis dejado aquí recuerdos muy tiernos para que con este tiempo y a estas horas hayáis abandonado las alegres orillas del lago Lomond, donde hay tan bellas casas, donde abunda un pescado más gustoso que el de nuestras aguas marinas y donde se bebe un aguardiente más saludable para vuestra edad que este de nuestros pescadores y marineros. Para volver aquí es preciso querer de veras a alguien que viva en esta región de las tempestades, estos sitios que aun las mismas serpientes dejan cuando se acerca el invierno. Impetuosas, se deslizan hacia el lago Lomond, cruzando las aguas en desorden, como clan de merodeadores que cobra el impuesto negro, y se refugian en los peñones que miran al mediodía. Sólo los padres, los esposos y los enamorados no temen los rigores ni los peligros cuando van en demanda del objeto de sus ansias. Pero sería una locura que pensaseis alejaros esta noche de las orillas del lago Long.

—No es tal mi propósito—dijo el desconocido—. ¡Antes preferiría morir cien veces!

—Aunque Dougal no es espléndido—prosiguió Jeannie, que no puso mucha atención en lo que res-

pondió el pasajero—, aunque tolere—y lo dijo con cierta amargura—que la mujer y las hijas de Coll Camaron, que están peor que nosotros, vayan más adornadas que yo a las fiestas del clan, siempre hay en la choza un pan de avena y leche para los viajeros, y más me agradará que seáis vos quien beba de nuestro aguardiente y no ese viejo fraile de Balva, que no llegó a nosotros sino para hacernos daño.

—¿Qué me decís, hija mía?—respondió el viejo como sorprendido—. Precisamente es a la choza de Dougal el pescador adonde me encamino. ¡Allí es—exclamó haciendo aún más trémula su voz—donde he de volver a ver a cuanto amo, si no me engañaron con señas falsas! ¡La fortuna me favoreció haciendo que encontrase este barco!...

—Ya comprendo—dijo sonriente la muchacha—. Doy las gracias al hombrecillo de la isla de Man. ¡Siempre fué amigo de los pescadores!

—¡Ay, yo no soy el que presumís; es otro el sentimiento que me lleva a vuestra choza! Sabed, linda señora, porque la luz boreal que baña la cima de los montes, las estrellas que brillan en el cielo con luz lechosa, los surcos luminosos de las aguas del golfo que arrancan destellos a vuestro remo, la claridad que nos circunda y llega hasta la barquilla me hacen ver que sois muy bella; sabed, digo, que soy el padre de un duendecillo que habita en la casa del pescador Dougal, y si creo lo que me contaron, si creo, sobre todo, lo que me dicen vuestra cara y vuestras palabras, comprendo bien, aun con mis

años, que no haya elegido otra morada. Hace pocos días que lo supe, porque yo no sé nada del pobre niño desde el reinado de Fergus. Es ésta una historia que ahora no es ocasión de relataros, porque estoy impaciente. Estamos ya en la orilla.

Jeannie hizo retroceder a la barquilla e inclinó atrás su cabeza, llevándose una mano a la frente.

—¿Cómo—preguntó el viejo—, no desembarcamos?

—¡Desembarcar!—respondió sollozando la muchacha—. ¡Desgraciado padre! ¡Trilby ya no está aquí!

—¿Que no está aquí? ¿Y quién le echó? Jeannie, ¿habréis sido capaz de abandonarle a los malditos frailes de Balva, que tantos males nos ocasionaron?...

—Sí, sí—dijo Jeannie con acento desesperado, haciendo que el barco retrocediera de la orilla de Arroghar—. ¡Sí, soy yo quien le ha perdido..., quien le ha perdido para siempre!

—¿Vos, Jeannie, vos tan encantadora, tan buena? ¡Pobre criatura! ¡Cuán culpable debió ser para concitar vuestro odio!...

—¡Mi odio!—repuso Jeannie, dejando caer la mano sobre el remo y apoyando su frente en la otra mano—. ¡Sólo Dios sabe cuánto le quería!...

—¡Tú le querías!—gritó Trilby cubriendo de besos los brazos de la muchacha (porque el viajero misterioso no era otro que el mismo Trilby, y me duele confesar que si el lector experimenta algún placer con este descubrimiento no es seguramente

el de la sorpresa)—. ¡Tú le querías! ¡Ah, dílo otra vez! ¡Atrévete a decírmelo a mí, porque lo que a mí me digas será o mi perdición o mi salvación! ¡Acógeme, Jeannie, cual a un amigo, a un enamorado, como si fuese tu esclavo, tu huésped, por lo menos como acogiste al pasajero desconocido! ¡No niegues a Trilby un escondrijo en tu cabaña!...

Al decir todo esto el duendecillo se había despojado de su extraño disfraz, que la víspera copiará de los *shoupeltins* de Shetlandia. Dejó que la marea se llevara su cabellera de cáñamo, sus barbas de musgo blanco, su collar de hierbajos marinos, adornado de trecho en trecho con conchas de varios colores, y hasta un cinturón fabricado con la corteza argentada de un abeto. Ya no era mas que el espíritu errátil del hogar; pero la obscuridad daba a su figura una vaguedad que no hacía recordar a Jeannie sino como algo remoto los singulares presagios de sus sueños últimos, las seducciones de aquel enamorado peligroso de los ensueños que llenaban sus noches con ilusiones tan hechiceras cuanto temibles, que le hacía recordar también el cuadro misterioso del monasterio.

—¡Sí, Jeannie mía—murmuraba en voz tan dulce y suave como la brisa tibia que suspira por las mañanas en el lago—, llévame al lar, donde podré verte y oírte; al rinconcillo de la ceniza que mueves para atizar las brasas; al tejido de mallas invisibles que hay en las ennegrecidas y vetustas vigas del techo, en el que haré una hamaca para las noches del estío! ¡Ah!, y si lo quieres, no te importunaré nunca

más con mis caricias, ni te diré que te quiero, ni rozaré tus vestidos aun cuando la corriente del aire y de las llamas los traigan hacia mí. Si alguna vez oso tocarlos, será para alejarlos del fuego cuando te duermas al hilar. Menos aún te pido, Jeannie: ya que no atiendes mis súplicas, déjame un rinconcillo del establo; con esto no más sería dichoso. Besaría la lana de tu cordero porque sé que tu mano gusta de acariciarla; trenzaría florecillas perfumadas para hacerle una guirnalda en el pesebre; cuando pusieses paja fresca en el establo yo la hollaría con más orgullo y sintiendo delicias mayores que si fuese una alfombra de rosas; yo diría tu nombre bajo, muy bajito, Jeannie, Jeannie..., y nadie me oiría, ni aun la carcoma que taladra las vigas con intervalos medidos y cuyo reloj de muerte es el único que interrumpe el silencio de la noche. Todo cuanto anhelo es estar allí, respirar el aire que tocó al aire que tú respiraste, el aire que conserva las huellas de tu paso, el aire que recibió tu aliento, el aire que acarició tus labios, el aire que atravesaron tus miradas, el mismo que te hubiera acariciado con ternura si la naturaleza inanimada gozase de iguales privilegios que la nuestra y sintiese y amase.

Notó Jeannie entonces que se había alejado mucho de la orilla; mas Trilby, comprendiendo su inquietud, quiso tranquilizarla colocándose en el extremo del barco.

—¡Ea!, Jeannie—dijo—, sube sin mí a la ribera de Argail, donde no puedo llegar sin el consentimiento que me niegas. Abandona al pobre Trilby

en su destierro, donde vivirá condenado al eterno dolor de haberte perdido. ¡Para él esta pena será llevadera si le miras al despedirle! ¡Mas, pobre de mí, cuán negra es la noche!...

Un fuego fatuo brilló sobre el lago.

—¡Así!—exclamó Trilby—. ¡Gracias, Dios mío! ¡Cuán bien pagada está la maldición!

—¡Oh, no—dijo Jeannie—, yo no contaba con esta luz inesperada, y si mis ojos se encontraron con los vuestros...! Si habéis leído en ellos la expresión de un consentimiento del que en verdad no preví las consecuencias, bien sabéis que la sentencia espantosa de Ronald tiene otra condición: es necesario que sea el mismo Dougal quien os lleve a la choza. Y esto sin contar con que no convenga a vuestra felicidad la negativa de él y la mía. Trilby, más que amado sois adorado de las nobles señoras de Argail, y en sus palacios habréis encontrado...

—¡Los palacios de las nobles damas de Argail!—replicó vivamente Trilby—. ¡Oh! Desde que dejé la cabaña de Dougal, y ello fué en la estación más rigurosa del año, mis pies no hollaron la morada de un humano y ni una sola vez calentaron las llamas de un hogar mis dedos agarrotados; sentí frío, Jeannie, y ¡cuántas veces, fatigado de tiritar junto a las orillas del lago, entre las ramas de arbustos sin hojas que se inclinaban bajo el peso de la escarcha, me elevé saltando hasta la cima de los montes para dar algún calor a mis miembros transidos! ¡Cuántas veces me envolví en las nieves recién caídas y rodé con ellas en los aludes, aunque

dirigiendo a éstos de modo que no dañasen las casas, que no estropeasen los cultivos, que no hiciesen mal a ningún ser viviente! ¡Un día vi caer una roca en la que alguien había grabado el nombre de mi madre; conmovido desvié aquel estrago, y caí con la roca a un abismo de hielo donde jamás se había sentido ni aun el hálito de un insecto! Y cuando el cuervo marino, irritado porque cubierto de muros de hielo le negaba el tributo ordinario de la pesca, le cruzaba graznando impaciente para buscar presa más fácil en el Firth de Clyde o en el Sund del Jara, yo trepaba animoso al nido escarpado del ave viajera, sin más cuidado que el de verla regresar pronto, y me calentaba entre sus polluelos, harto pequeños para acompañar a sus padres en sus viajes al mar; y estos polluelos, familiarizados con el huésped furtivo, que solía llevarles algún regalo, se apartan a mi llegada para dejarme un huequecito entre ellos sobre el tibio y suave plumón. O bien imitando al musgaño, que se labra una habitación bajo tierra para pasar el invierno, apartaba el hielo y la nieve en algún rincón de la montaña acariciado por los rayos del sol saliente, levantaba cuidadoso las cortinas de los musgos viejos, que desde hacía largos años blanqueaban la peña, y cuando llegaba a la última capa de ellos me envolvía cual un niño en sus mantillas y dormía amparado contra el viento de la noche por mis alfombras de terciopelo, feliz sobre todo cuando adivinaba que tú pasaste por allí para pagar los diezmos de grano y de pescado. Y éstos fueron, Jeannie, los palacios

en que habité y las espléndidas acogidas que recibí desde que nos separamos: el escondrijo de un escarabajo friolento a quien incomodé sin darme cuenta de ello; o la guarida en que la gaviota, espantada por la tempestad, buscaba refugio; o la concavidad de algún sauce centenario, socavada por el tiempo y por el fuego de los contrabandistas que en él se ocultaban, la concavidad llena de cenizas. ¡Cruel, éstas son las dichas que tú me echas en cara! Mas, ¿qué digo? ¡Oh, estos tiempos de penas tuvieron también alegrías! Aunque me estuviese vedado hablarte y hasta acercarme a ti sin tu consentimiento, yo seguía con la mirada tu barquilla, y otros duendecillos, no tan cruelmente castigados como yo, compadecidos de mis penas, me llevaban a veces un hálito de tus suspiros. Si la brisa vespertina arrancaba de tu cabellera tenue brizna de flor otoñal, algún amigo piadoso la llevaba en sus alas hasta la roca solitaria cercada de brumas errantes donde yo estaba escondido, y la dejaba caer sobre mi corazón. Un día, ¿te acuerdas?, el nombre de Trilby había expirado en tus labios; un duendecillo le recogió y vino a hechizar mis oídos con el rumor de aquella apelación involuntaria. En aquel momento lloraba pensando en ti, y mis lágrimas de dolor se trocaron en lágrimas de alegría... ¿Y habría de ser cerca de ti donde hubiese de recordar estos consuelos de mi destierro?

—Vamos a ver, Trilby—dijo Jeannie, que trataba de vencer la emoción que sentía—. Creo que acabáis de decirme o de recordar que os está prohi-

bido hablarme y aproximaros a mí sin licencia mía. Tal fué en verdad la sentencia pronunciada por el fraile de Balva. ¿Cómo puede ser que estéis aquí, en mi barco, cerca de mí, conocido por mí y sin mi licencia?...

—Jeannie, perdonadme que os lo repita, porque ello herirá a vuestro corazón... ¡Habéis dicho que me queréis!

—Alucinación o flaqueza, aturdimiento o compasión, lo he dicho—respondió la batelera—; mas hasta ahora creí que el acceso al barco os estaba tan vedado como el acceso a la cabaña...

—¡Harto lo sé! ¡Cuántas veces os invoqué en vano: el viento se llevaba mis lamentos y no llegaban a vuestros oídos!

—Entonces, ¿cómo se explica...?

—Tampoco yo me lo explico—contestó Trilby—, salvo—y su voz se hizo aún más humilde y temblorosa—que hayáis revelado el secreto que yo sorprendí por feliz casualidad a corazones amorosos y a amigos tutelares, que si no pudieron revocar totalmente la sentencia, lograron dulcificarla...

—¡A nadie! ¡A nadie!—exclamó Jeannie como espantada—. No lo sé; no estoy cierta... Acaso si vuestro nombre acudió a mi pensamiento y le pronunciaron mis labios fué en el secreto de una oración...

—Con el secreto de vuestras oraciones habéis podido conmover a algún corazón que me quiera, y si ante mi hermano Colombain, Colombain Mac-Ferlane...

—¡Es hermano vuestro Colombain! ¡Sí, ante él!... ¡Hermano vuestro! ¡Dios misericordioso, tened compasión de mí! ¡Perdón, perdón!

—Sí, Jeannie, tengo un hermano, un hermano bien amado, que goza de la presencia de Dios y para el que mi ausencia no es mas que la distancia que nos separa y que he de recorrer en triste y peligroso viaje. Pero mil años no son mas que un instante en la tierra para los que no habrán de separarse jamás.

—¡Mil años! El tiempo de condena a que os sentenció Ronald si volvíais a la cabaña.

—¿Y qué son mil años de cautiverio durísimo, qué sería una eternidad de muerte, una eternidad de dolor, para el alma a quien tú hubieses querido, para la criatura tan favorecida de la Providencia que hubiese compartido los misterios de tu corazón, para aquel cuyos ojos hubiesen visto en los tuyos una mirada de abandono y en tu boca una sonrisa de ternura? ¡Ah! El aniquilamiento, el infierno mismo no tendría sino tormentos imperfectos para el condenado dichoso que hubiese rozado con los tuyos sus labios, que hubiese acariciado tus rizos negros, que hubiese oprimido tus párpados húmedos de cariño; para el que, sufriendo torturas sin fin, recordara que Jeannie le amó unos instantes! ¿Concibes esta voluptuosidad inmortal? ¡No es así como cae la cólera de Dios sobre los culpables a quien quiere castigar! ¡Pero verse hundido por su mano omnipotente en un abismo de desesperación y de pesares donde los demonios repiten

por los siglos de los siglos «no, no, Jeannie no te quiso nunca», esto sí que es horrible, un porvenir espantoso, tremendo!... ¡Atiende, mira, medita; mi infierno depende de ti!

—Por lo menos, Trilby, habéis de recordar que para la realización de vuestros deseos es necesario que Dougal os lleve a la choza; que sin esa condición...

—Eso es asunto mío si vuestro corazón atiende a mis súplicas... ¡Oh Jeannie, a mis súplicas y a mis esperanzas!

—Pero olvidáis...

—¡No olvido nada!...

—¡Dios mío!—gritó Jeannie—. ¡No ves? ¡No ves? ¡Estás perdido!

—No; me he salvado—respondió, sonriendo, Trilby.

—¡Mirad, mirad: Dougal está cerca de nosotros!

En efecto, cuando la barquilla doblaba un minúsculo promontorio, que ocultaba el resto del lago, la barca de la muchacha estuvo tan cerca de la barca de Dougal que éste, a pesar de la obscuridad, habría visto a Trilby sin remedio si el duendecillo no se hubiera arrojado a las ondas en el momento en que el pescador echaba las redes al agua.

—¡Todavía más!—exclamó, sacando las redes y desprendiendo de las mallas un cofrecito de formas elegantes y construído de materias tan preciosas que al pescador, por el brillo, la blancura y el pulimento, le parecieron marfil incrustado de metales preciosos y de carbunclos de Oriente, que aun

en la noche fulguraban esplendorosos—. Imagínate, Jeannie, que desde esta mañana no he parado un momento de sacar con las redes los más hermosos pescados azules que se hayan cogido en este lago, y para remate de mi buena fortuna saco ahora un tesoro, porque a juzgar por lo que pesa y por la magnificencia de sus adornos, este cofre encierra la corona del Rey de las Islas, o bien las joyas de Salomón. Llévale corriendo a la choza y vuelve en seguida para echar en un rincón de la rada toda la pesca, que no hemos de dejar lo menos por lo más, y la fortuna que me otorgó San Colombain no me hará olvidar que no soy mas que un pescador.

Durante algún tiempo la batelera no se dió cuenta de nada. Parecíale que una nube envolvía su vista y obscurecía su pensamiento, o bien que, transportada de ilusión en ilusión, como por inquieta pesadilla, sucumbía a un sueño aniquilador del que no podía despertar.

Llegada a la choza colocó con todo cuidado el hermoso cofrecillo; después se llegó al hogar, revolvió las cenizas calientes y se maravilló de ver las ascuas encendidas como para una fiesta. Cantaba alegre el grillo en el borde de su agujero hospitalario y la llama de la lámpara que Jeannie tenía en la mano ardió temblorosa con tan inusitados destellos que la habitación se iluminó de tal modo que la joven creyó que hería a sus ojos la claridad de la mañana, después de un sueño largo; pero no era eso. Las brasas seguían chisporroteando; el grillo cantaba alegre, y el cofrecito misterioso se en-

contraba en el lugar donde acababa de colocarlo; el bello cofre, con sus rombos de granates, sus festones de perlas y sus flores de rubíes.

—Estoy despierta—dijo Jeannie—; no es sueño, no. ¡Triste fortuna!—añadió, sentándose junto a la mesa y apoyando su cabeza en el tesoro que Dougal sacara del lago hacía pocos momentos—. ¿Qué me importan las vanas riquezas que pueda encerrar este cofrecillo de marfil? Los monjes de Balva pensarán que con esto pagaron la perdición del desdichado Trilby, porque yo no puedo dudar de que desapareció en las aguas y de que ya no le veré más. ¡Trilby, Trilby!—prosiguió, llorando, y un suspiro, un largo suspiro la respondió.

Miró en torno de ella, escuchó atenta, pensando que había oído mal, y, en efecto, ni vió ni oyó nada.

—¡Trilby ha muerto!—exclamó—. ¡Trilby no está aquí! Y ahora—añadió con cierta maligna alegría—veremos lo que Dougal saca de este cofrecito, que no podrá abrir sin romperlo. ¿Quién le enseñará el secreto que abra la cerradura encantada, acaso oculta entre las esmeraldas? Para abrirle, de seguro hay que conocer las palabras cabalísticas del mágico que lo construyó, o vender el alma al diablo para que éste descifre el misterio.

—Basta con querer a Trilby y decir que se le ama—contestó una voz que salía del cofrecito maravilloso—. Me veré condenado para siempre si te niegas, o salvado para siempre si consientes. ¡Ese es mi sino, el sino que me deparó el cariño que siento hacia ti!...

—¿Hay que decir...?—interrumpió Jeannie.

—Hay que decir: ¡Trilby, te quiero!

—Decirlo, y el cofrecillo se abrirá entonces. ¿Y quedaréis libertado?

—¡Libre y dichoso!

—No, no—respondió la aturdida muchacha—.
¡No puedo ni debo!

—¿Y qué puedes temer?

—¡Todo!—replicó—. ¡Sería un perjurio horrendo!

¡La desesperación! ¡La muerte!

—¡Insensata! ¿Qué piensas de mí? Imaginas tú, que lo eras todo para el infortunado Trilby, que éste iría a lacerar tu corazón con sentimientos culpables, a perseguirte con una pasión peligrosa que aniquilase tu felicidad y emponzoñara tu existencia?... ¡Ten otra idea más digna de mi ternura! No, Jeannie; si te quiero es por el placer de quererte, de obedecerte, de depender de ti. Tu confesión no es sino un derecho más que tienes a mi sumisión, y nunca un sacrificio. ¡Diciendo que me quieres libertas a un amigo y ganas un esclavo! ¿Cuál relación imaginas tú que puede haber entre la vuelta a lo pasado, que te imploro, y la noble y conmovedora obligación que te une a Dougal de por vida? El amor que por ti siento, Jeannie mía, no es un afecto terreno. ¡Ah, yo quisiera saber decir, saber hacerte comprender cómo en un mundo nuevo un corazón apasionado, un corazón equivocado en sus más queridos afectos, o desposeído de estos afectos hartos pronto, florece en ternuras infinitas, en felicidades eternas que nunca pueden ser culpables!

Tus sentidos, las potencias de tu espíritu son muy débiles aún para que puedas comprender el amor inefable de un alma desasida de todos los deberes que puede, sin cometer infidelidad, abrazar a todas las criaturas que elija con un cariño sin límites. ¡Oh Jeannie, no sabes cuánto amor hay fuera de la vida, ni cuán apacible y puro es este amor! ¡Díme, Jeannie, díme no más que me quieres! ¡Ha de ser tan fácil!... ¡Sólo a las palabras de odio han de mostrarse rebeldes tus labios! ¡Ya ves, Jeannie mía, que no hay en mí un solo pensamiento que no sea tuyo! ¡Ni un latido de mi corazón que no sea para ti y por ti! ¡Cómo se ensancha mi pecho cuando en el aire que cruzas resuena el eco de tu nombre! ¡Si mis labios hasta tiemblan y balbucean cuando quiero pronunciarle! ¡Oh Jeannie, cuánto te amo! ¡Y no dirás, no te atreverás a decir: «Trilby, te quiero; pobre Trilby, te amo un poco!»...

—No, no—dijo la muchacha, huyendo espantada de la habitación en que estaba el riquísimo encierro de Trilby—. No; jamás haré traición a la fe que libremente juré a Dougal ante los altares. Cierto que algunas veces es brusco y exigente; pero aun así, estoy cierta de que me quiere. Verdad que no sabe expresar sus sentimientos como este espíritu fatal, desatado contra mi tranquilidad; pero ¿quién sabe si con este don funesto, peculiar del demonio, no es el mismo demonio quien me seduce con las bellas palabras del duendecillo? ¡Dougal es mi amigo, mi marido, el esposo, y yo le elegiría hoy mismo; tiene mi fe, y nada vencerá mi resolución ni me

hará olvidar mis promesas! ¡Nada, ni aun mi corazón!—añadió, suspirando—. ¡Que se rompa antes de que olvide los deberes que Dios le impuso!...

Apenas si Jeannie había tenido tiempo para afirmarse en la determinación que acababa de tomar, recordándose a sí misma con voluntad tanto más firme cuanto mayor era la resistencia que había de vencer; aún murmuraba las últimas palabras de la resolución íntima, cuando se oyeron dos voces cerca de ella por debajo del atajo que tomara para llegar más pronto a las orillas del lago, un atajo por el que no se podía marchar sin fatiga. Dougal iba por el camino más fácil cuando llevaba la carga de pescados o cuando llegaba a la cabaña con algún huésped.

Los caminantes marchaban por la senda de abajo, despacio, como hombres que conversan de cosas graves. Eran Dougal y el viejo eremita de Balva, a quien la casualidad hizo hallar en la ribera opuesta la barca del pescador, pidiéndole que le trasladara y le diese hospitalidad. No es necesario decir que Dougal se avino de buena gana a lo que se le pedía, y más después de haber recibido aquel día mismo tantos y tan señalados beneficios; porque él atribuía a la protección de los santos del monasterio la inesperada y copiosa pesca, rematada con el hallazgo del cofrecillo entre las redes—encuentro con que tantas veces soñara—, que de seguro encerraba tesoros más reales y permanentes que los eventuales recursos suministrados por la pesca.

Acogió al monje centenario más solícito aún que

el día en que llegó para arrojar a Trilby de la choza, y estas expresiones reiteradas de gratitud y las seguridades de que seguiría prodigando sus bondades, con que respondía Ronald, llamaron la atención de Jeannie, que, sobresaltada, se paró para escuchar, temiendo desde luego, aunque de un modo inconsciente, que aquel viaje tuviese otro fin que realizar la cuestación acostumbrada de Invevary, a la que nunca faltaba en aquella estación alguno de los hermanos del monasterio. Su corazón latía violento; contuvo la respiración y escuchó, esperando alguna palabra delatora de los peligros que amenazaban al duendecillo encerrado en la cabaña. Entonces oyó decir a Ronald con voz entera:

—Ya están libres las montañas; ya hemos vencido a los espíritus malignos; el último de ellos quedó condenado en la romería de San Colombain.

Entonces se tranquilizó, porque, no dudando de lo que decía el fraile, se adujo a sí misma estas dos razones: «O el monje no sabe lo que es de Trilby, o bien Trilby está perdonado por Dios y salvado, como el mismo fraile parecía esperar.»

Más tranquilizada, llegó a la pequeña rada donde estaban las barcas de Dougal; echó en los depósitos la pesca de que estaban llenas las redes, extendió éstas sobre la playa, después de bien retorcidas para que no las dañasen los hielos, y volvió a tomar el abrupto atajo, con aquella serenidad que nos infunde la sensación de haber cumplido un deber, y más si del cumplimiento de este deber no resultó mal para nadie.

—El último de los espíritus malignos—murmuraba la muchacha—fué condenado en la romería de San Colombain: así que este espíritu no puede ser Trilby, puesto que me habló hace poco y ahora está en la cabaña, salvo que yo haya soñado. Luego Trilby está salvado y el tentar mi corazón será una prueba de que no debo culparle, porque acaso se la impusieron los santos. ¡Está salvado, y le volveré a ver algún día! ¡Algún día, de cierto!—gritó—. ¡El mismo me lo dijo hace poco: «Mil años no son mas que un momento en la tierra para aquellos que no han de separarse jamás»!

La voz de la muchacha había ido elevándose de modo que podía oírse la.

Pasaba entonces junto a las altas tapias del camposanto, donde en horas desusadas no hay más que aves nocturnas o algún pobre huérfano abandonado que llora sobre la sepultura de sus padres. Oyóse el rumor confuso de un gemido que parecía queja de pesadilla, y al mismo tiempo dentro del cementerio se alzó una antorcha hasta lo alto de las tapias, que iluminó el fúnebre recinto y derramó su luz, en destellos espantables, sobre las altísimas ramas de los árboles cercanos. La aurora boreal que comenzara a iluminar el horizonte desde la puesta del sol extendía poco a poco su velo por los cielos y por las montañas, triste y terrible como el fulgor de un incendio lejano donde no puede llegar nuestro auxilio. Sorprendidas en sus cacerías, las aves nocturnas cerraban sus pesadas alas, posándose aturdidas en las vertientes del Cobler, y el

águila gritaba aterrada en las puntas de las rocas viendo aquella aurora inesperada, a la que no seguiría astro alguno porque no es nuncio de la mañana.

Jeannie había oído hablar de los misterios de las brujas y de las fiestas que celebraban en la última morada, en la mansión de los muertos, en ciertas fases de lunas de invierno. A veces, cuando volvía cansada a su choza, creyó ver alguna lucecilla caprichosa que se levantaba y caía rápidamente, y otras veces creyó oír en los aires retazos de voces extrañas, risas feroces como aullidos, cantos de tal modo temblorosos, tenues y fugitivos, que parecían venir de otro mundo. Y hasta había pensado en fantasmas vestidos de harapos manchados de sangre y de ceniza, que se perdían en la cerca desigual, disipándose como el humo amarillento y rosáceo de azufre que ardiera bajo las sombras de los bosques y llegara a los vapores del cielo.

Llevada de una curiosidad irresistible, franqueó el temeroso dintel, que no había cruzado sino de día para orar sobre la tumba de su madre. Dió un paso y se detuvo. Hacia un extremo del camposanto, al que daban sombra esos tejos de frutos rojos como las cerezas caídas del cestillo de un hada, que atraían a las aves de la comarca; tras del lugar señalado por la última fosa aún abierta, cual si aguardase un cuerpo, se alzaba el colosal abedul que llamaban *el árbol del Santo* porque decían que San Colombain, joven todavía, y cuando aún no dejara todas las ilusiones de este mundo, pasó toda una noche al pie de él regándolo con sus lágrimas cuando lu-

chaba con sus amores profanos. Desde entonces el abedul era objeto de la veneración de las gentes, y si yo fuese poeta haría que la posteridad conservara esta tradición.

Casi sin aliento, Jeannie escuchó bajando la cabeza para que nada la distrajera. Oyó un doble ruido como si un trozo de marfil se quebrara y el abedul estallase, y entonces vió cómo el largo fulgor de una claridad lejana corría por la tierra hasta sus pies y se extinguía después de haber iluminado con luz blanquísima sus vestiduras. Buscó, tímida, el lugar de donde partiera el fulgor, y vió *el árbol del Santo*, ante el que se erguía una figura en actitud de imprecación y un hombre prosternado en actitud de plegaria. El primero flameaba una antorcha, que bañaba de luz su frente adusta y serena; el otro permanecía inmóvil. Reconoció en ellos a Ronald y a Dougal.

Y sintió una voz tenue como el soplo último de la agonía, una voz que sollozaba débilmente el nombre de Jeannie y que parecía salir del *árbol del Santo*.

—¡Trilby!—gritó Jeannie corriendo sobre las sepulturas y cayendo en la fosa abierta, de seguro porque nadie escapa a su sino.

—¡Jeannie, Jeannie!—exclamó el pobre Dougal.

—¡Dougal!—respondió la muchacha tendiendo hacia él sus manos trémulas y mirando de hito en hito a Dougal y al *árbol del Santo*—. Daniel, mi querido Daniel... Mil años... no son nada en la tierra, nada...

Y respiraba penosamente, levantando la cabeza,

que a poco dejó caer, ya muerta. Ronald, que había interrumpido sus preces, las prosiguió...

Habían pasado muchos siglos desde este suceso cuando el azar de los viajes, y acaso algunos cuidados del corazón, me llevaron a aquel cementerio. Está ahora lejos de todas las cabañas, y a cuatro leguas de él y sobre la misma ribera se ve flotar el humo de las altas chimeneas de Portincaple.

Las paredes que lo cercaban desaparecieron, no quedando vestigios de ellas quizá porque los materiales que las componían fueron utilizados por los habitantes del país en otras construcciones o quizá porque las desmoronaran las heladas súbitas, tan frecuentes y duras en Argail. Sin embargo, la losa que cubre la sepultura de Jeannie ha sido respetada por el tiempo, por las cataratas del cielo y por los hombres. Aún se lee sobre ella estas palabras, que trazara una mano piadosa: *Mil años no son mas que un momento en la tierra para los que no han de separarse jamás. El árbol del Santo ha muerto; pero algunos arbustos llenos de vigor coronan lo que queda de su tronco con su rico follaje, y cuando un sople agita las verdes ramas, curvándolas y enderezándolas, una imaginación viva y tierna podría oír todavía los suspiros de Trilby sobre la fosa de Jeannie. ¡Mil años son tan poco tiempo para poseer lo que se ama y tan poco tiempo para llorarlo!...*

FIN



INDICE

	<u>Páginas</u>
Prefacio	11
Tribby o El duendecillo de Argall	17



COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFÍA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCÉTERA, ETC.

Aparecen diez números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de **CIN-**
CUENTA CENTIMOS cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(CUATRO PESETAS AL MES):

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 780 números publicados desde julio de 1919 a
— — abril de 1923 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, CONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEI (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

RIOS ROSAS, 24

Apartado 547